

Carlos Pareja
Romeo Pérez

PENSAR EL FUTURO

POST-ILUMINISMO
Y PROYECTO DE PAIS

CLAEH/SA/9

BIBLIOTECA
CENTRO LATINOAMERICANO DE
ECONOMIA HUMANA
CLAEH

Montevideo, 1987

Centro Latinoamericano de Economía Humana

Ediciones de la Banda Oriental

U7602

lado *Más allá de los mitos del progreso*, publicado en Serie Investigaciones No. 50, CLAEH, 1987.

La segunda, de Romeo Pérez, reúne una serie de artículos publicados en el mensuario *Relaciones* entre junio y setiembre de 1985.

Cierra el volumen un apéndice en que se insertan comentarios políticos coyunturales redactados por Romeo Pérez inmediatamente antes y después de las elecciones de noviembre de 1984, poco antes de instalarse el Poder Ejecutivo entonces electo y a mediados de 1985. Se trata de textos menos orgánicos que la serie de artículos que da lugar a la segunda parte de este título, pero se incluyen aquí en el entendido de que complementan una percepción de los actores, conflictos y aspiraciones concretos de nuestro país. Una estrategia de desarrollo estriba en lo existente o es intrascendente.

Una alternativa al pensar iluminista

CARLOS PAREJA

INTRODUCCION

El último refugio del programa iluminista

En algunas de las interpretaciones y diagnósticos sobre los procesos de acumulación social y cultural propios de los pueblos latinoamericanos suele adjudicarse un énfasis privilegiado al señalamiento y a la denuncia de aquellos factores que los bloquearían o distorsionarían. Consecuentemente, las propuestas de políticas basadas en esos diagnósticos se orientan preferentemente a neutralizar o contrabalancear los efectos negativos, "perversos", de dichos factores.

Sería descabellado desconocer los múltiples aciertos contenidos en estas denuncias, su identificación de fuentes sistémicas de problemas y condicionamientos limitativos de las coaliciones de intereses y mecanismos de dominación social que gravitan en perjuicio de las posibilidades genuinas de acumulación e incluso ponen en peligro la identidad cultural de estos pueblos.

Con todo, más allá de esos aciertos, tales planteos están expuestos a deslizarse por una pendiente resbaladiza a la que los empuja su propia atención casi exclusiva a la búsqueda de los elementos perturbadores y al inventario de sus secuelas negativas; dicha pendiente los conduce a quedar prisioneros de las estrategias teóricas y las orientaciones prácticas del clásico programa iluminista, pagando por ello un tributo pesado de desaciertos y despistes. En la medida en que tal peligro es algo más que una mera posibilidad, que, por el contrario, constituye una tentación difícil de evitar, un recurso cómodo para situarnos ante cualquier encrucijada del destino humano, parece oportuno dedicar algunos esfuerzos a la caracterización sumaria de esa matriz iluminista, de sus apuestas y sus modelos explicativos. A los efectos de mantener esa caracterización dentro de límites razonables, es imprescindible dejar de lado las múltiples concepciones que pueden filiarse a esa matriz, ubicándonos en un plano sumamente abstracto, a nivel de una "reconstrucción racional" que ni siquiera tiene en cuenta divergencias expresas e insuperables entre esas distintas concepciones.

A primera vista, nuestra batalla contra las derivaciones epigonales del iluminismo equivale a hostigar a un enemigo en retirada, desacreditado en instancias decisivas: tanto a sus criterios epistemológicos

como su heurística social han quedado desautorizados por argumentaciones consistentes y, sobre todo, a través de los rendimientos comparativos superiores de enfoques alternativos. Sin embargo, el fallo inapelable que ha recaído sobre tales confrontaciones no ha permeado suficientemente hacia los escenarios políticos y sociales, no ha producido una revisión impostergable de las premisas que perfilan ciertas estrategias y expectativas de los protagonistas colectivos en nuestra región. En ese sentido, no deja de ser significativo que mientras las derivaciones iluministas más corrientes en la teoría social —la concepción del progreso tecnológico, del desarrollo económico y la “modernización” social como procesos autocorrectivos de acumulación lineal y unívoca, las concepciones antropológicas sobre las “culturas primitivas” y sobre la evolución del pensamiento racional— han sido explícitamente desacreditados en los ámbitos académicos, en cambio formulaciones emparentadas parecen gozar de una extraña sobrevivencia en las convocatorias que nuclean a amplios sectores de la población, en la mayoría reivindicaciones y propuestas de reforma.

Esa sobrevivencia es más claramente detectable en el análisis de los procesos culturales: en los propios círculos académicos se siguen manejando ciertas versiones de las teorías de “la falsa conciencia”, de “la enajenación”, de “las ideologías”, que sólo se justifican en el marco de una epistemología iluminista, con sus concepciones del “sujeto cognoscente saneado o depurado de interferencias espurias”, del cual fluye automáticamente el conocimiento cierto, con sus referencias ingenuas a lo “real en sí”, como expediente para demarcar y explicar las falsas creencias, los engaños sistemáticos. En ese sentido se legitima el título que encabeza este parágrafo: muchos de los planteos recurrentes, que denuncian las amenazas pendientes sobre la autonomía e identidad culturales de estos pueblos, constituyen el último refugio —en el plano teórico, por lo menos— de un programa cuyas primeras formulaciones se remontan hasta Bacon y Descartes.

En el plano de las preocupaciones prácticas, el campo de la cultura ha sido identificado por muchos como el escenario más apropiado para librar la batalla decisiva contra el orden social vigente. No es difícil enumerar las razones que se esgrimen en apoyo de esa identificación estratégica: a) se entiende que la reproducción del sistema capitalista, del binomio imperialismo-dependencia, de las inevitables recaídas autoritarias, tiene en el terreno socio-cultural condiciones y raíces decisivas y que, por lo tanto, ese terreno ofrece un flanco propicio al trabajo de desgaste que prepara la ruptura; b) se constata el fracaso de otros esfuerzos y otras vías, la derrota de los sucesivos intentos de alterar las estructuras de poder —sea por la vía electoral o armada—

como paso previo al procesamiento de transformaciones estructurales de nuestras sociedades; c) se concluye que el camino más expedito para atacar ese ordenamiento social, basado en la desigualdad sistemática y en la marginación de grandes masas de la población, debe pasar por el lugar más asequible, por las raíces más elementales y cotidianas de su reproducción: los procesos de socialización, de formación de sus identidades, referencias y códigos culturales.

Para los promotores y estrategias de esa batalla ideológico-cultural, la base de su éxito consiste en una apreciación realista de las fuerzas a las que hay que vencer y de los obstáculos a sortear; se trata nada menos que (reproducimos algunas formulaciones típicas): “*de contrarrestar el discurso de la cultura hegemónica, de neutralizar los efectos semejantes que resultan de la penetración de los productos, directivas y mensajes provenientes de los centros económicos transnacionalizados, de despertar a los pueblos latinoamericanos del letargo y la impotencia en que los tiene sumidos no sólo su miseria y marginación, sino también el impacto dislocador de esos mismos mensajes, de activar la capacidad de elaboración autónoma de sus imágenes del mundo y de sus aspiraciones*”, etc. Es en el marco de esa estrategia genérica que se proponen “*programas de educación popular*”, “*formas de comunicación alternativa*”, “*campañas de difusión del arte y la cultura a los sectores populares*”, etc., apostando así al surgimiento de una “*contracultura*” emancipadora, propicia a las transformaciones.

A fuer de sinceros, no puedo ocultar mi desconfianza con respecto al acierto y a los rendimientos de tales propuestas —la más notoria de las cuales es identificada con el nombre de su creador, Paulo Freire. En primer lugar, estimo que la mayor parte de ellas reposa sobre equívocos irresolubles sobre los roles del político y del educador, sobre diagnósticos apresurados acerca de las deficiencias culturales que comprueban —estimación que no corresponde desarrollar en esta oportunidad. En segundo lugar, entiendo que están adscriptas —en diferentes medida— a premisas epistemológicas y antropológicas insostenibles, de nítida filiación iluminista, lo que sí nos concierne a los efectos del presente análisis. Por último, les imputo la responsabilidad de promover un extraño contubernio de cultura y de política, aprisionando a ambas a la alternativa maniquea entre verdad/engaño, luz/tinieblas, realidad/ilusión. De dicho contubernio sólo puede derivar un empobrecimiento mutuo de los procesos políticos y de los procesos culturales: de los primeros, por cuanto sometidos a la exigencia de probar su vínculo genuino con la conciencia demistificada, con la verdad desenmascarada, terminan por no dejar lugar legítimo más que para un único y exclusivo protagonista político, constituido por todos los agentes escl-

recidos, saneados de sus ilusiones y liberados de sus bloqueos; de allí al partido único no hay más que un paso institucional. De los segundos, por cuanto convertidos en instrumentos de una militancia emancipadora, terminan por ser evaluados en términos de su eficacia en tal empresa y constreñidos a vehicular directivas unificadoras desde una instancia ajena a sus ejes propios de acumulación, necesariamente diversificados.

1. EL PROGRAMA ILUMINISTA Y SUS PRESUPUESTOS

Situándonos a cierta distancia de la trayectoria histórica — compleja y variada— del programa iluminista, intentaremos una “reconstrucción racional” de su matriz genérica, utilizando las categorías acuñadas por Lakatos para abordar la historia de las ciencias. (Lakatos, 1977a). De acuerdo a este autor, todo programa de investigación posee un “núcleo central firme”, una “heurística positiva”, y un “cinturón protector” compuesto de hipótesis auxiliares para dar cuenta de las anomalías y de teorías observacionales que “administran” la base empírica. A los efectos expositivos resulta más fácil abordar la estructura teórica de un programa a partir del cambio de problemática que introduce: su especificación del dominio sobre el cual deben recaer las preguntas, de lo que debe ser explicado, lo que equivale a destacar o renunciar a otros tipos de preguntas, ya sea porque se considere obvia su respuesta, ya sea porque no conducen a rendimientos operativos.

1.1. *La nueva problemática introducida por el programa iluminista*

Resulta sumamente ilustrativo observar la dirección de los esfuerzos explicativos del iluminismo, contrastándolos con las perplejidades anteriores, es decir con las preguntas realizadas desde marcos teóricos ajenos al nuevo programa emergente.

Tanto en las tradiciones filosóficas como religiosas de la antigüedad, el punto de partida era el reconocimiento, casi trivial, de la precariedad y limitación del ser humano, su “desfasaje” con respecto a la plenitud ontológica manifestada a través de un orden cósmico invariable, imperfectible. A partir de allí, la pregunta central era:

“¿cómo pueden los hombres salvar esa distancia, liberarse de la incertidumbre y el engaño que lo acompañan siempre, superar las confusiones y contradicciones internas o la inconstancia de sus inclinaciones?” La religión judeo-cristiana —con su doctrina del pecado original— y la mitología griega, coinciden en este punto con las reflexiones filosóficas clásicas: el hombre debe discernir entre las direcciones que le solicitan la vía correcta hacia la verdad, el bien, la justicia; ningún empeño ni precaución están demás, por cuanto su constitución originaria, su puesto en el cosmos le expone a innumerables desvíos y no lo provee de referencias unívocas.

En cambio, el programa iluminista invierte el eje de la problemática, y por lo tanto el marco de referencia que demarca lo obvio de lo que vale la pena y requiere ser preguntado; ahora se trata de dar cuenta de las desviaciones, de los engaños, y en general de los velos que ocultan la verdad, de los obstáculos que se interponen en el camino, de otra manera expedito, hacia la verdad, el bien, etc. En su versión epistemológica más elemental, Bacon y D’Holbach recurrirán una y otra vez a la metáfora del espejo deformante, para establecer el punto de partida —la base cero— de la nueva problemática: los rayos de luz son “desviados” de su trayectoria esperada, “normal”, por la acción distorsionante de las irregularidades e “impurezas” del medio refractor; si éste fuera perfectamente pulido, el ángulo de refracción se ajustaría a las previsiones. De forma similar, si queremos que el sujeto humano no introduzca distorsiones en su reproducción de la realidad, debemos sanearlo de las supersticiones, prejuicios y pasiones espurias; cuando ello no es posible, sólo queda el recurso de su descalificación, su sustitución por otro agente que ofrezca pruebas de su idoneidad. Lo anterior perfila ya con bastante nitidez la matriz genérica de donde emergerán las estrategias teóricas y prácticas del programa iluminista. En efecto, el cambio de problemática permite una comprensión anticipada tanto del “núcleo firme” como de la “heurística positiva”, es decir de los modelos explicativos a los que se apelará. En cuanto a las estrategias prácticas que se derivan de esa misma matriz, no agregan nada nuevo: todo se reduce a identificar para luego erradicar los elementos perturbadores; una vez logrado eso, la racionalidad fluiría espontánea y unívocamente del sujeto saneado. Como vemos, el enfoque práctico coincide con el que aplica el médico en su trato clínico con un organismo enfermo: el diagnóstico correcto permite localizar el factor patógeno, responsable del desequilibrio del organismo, al que se supone como funcionando armoniosamente en condiciones normales; tomando como base cero, pues, el funcionamiento equilibrado del organismo sano, que no requiere ser explicado y se da por supuesto,

se trata de explicar la enfermedad como desviación de esa norma autocontenida en el organismo.

1.2. *El núcleo firme del programa iluminista*

Aunque las formulaciones iluministas no siempre explicitan su núcleo firme —su base cero—, de cualquier manera resulta afirmado como presuposición (Ducrot, 1972) en el tipo de problemática que se privilegia y en la selección de los modelos explicativos. En efecto: si eliminamos de las trayectorias observables —por medio de una operación ideal— los efectos introducidos por los factores de desviación, obtenemos la dirección “normal” del impulso propio a cada categoría de seres; en el caso del organismo se trata del desarrollo equilibrado de su ciclo biológico preestablecido; en el caso de los agentes humanos ese impulso coincide con el despliegue de una racionalidad autocontenida que lo orienta hacia la verdad, el bien, la felicidad.

La formulación iluminista se vuelve más precisa cuando nos ubicamos en la perspectiva de la evolución del género humano en su conjunto: una vez que eliminamos el efecto de las interferencias, podemos contemplar un proceso de acumulación lineal, unívocamente progresiva, que se traduce en el incremento de nuestros conocimientos y nuestros recursos tecnológicos, en la disposición de una masa creciente de bienes materiales, en el desarrollo de condiciones cada vez más propicias para el ejercicio de la libertad, para el disfrute de la vida, etc. Mientras que ese impulso es obvio, lo que hay que explicar, en cambio, son las regresiones, los retardos, la supervivencia de la miseria, del autoritarismo, de la injusticia y la desigualdad.

No es, pues, sorprendente que las respuestas de las dos doctrinas sociales principales —el capitalismo y el socialismo— adopten el enfoque “clínico” en sus formulaciones originarias y más elementales. El capitalismo afirmará que es suficiente eliminar la interferencia del poder político en el funcionamiento del mercado, para que éste, en virtud de sus propios mecanismos autocorrectivos, no sólo conduzca a “estados estacionarios”, sino que, además, las soluciones de equilibrio correspondientes aseguren, a la vez, las premisas materiales de la vigencia de los derechos humanos, el reconocimiento del estatuto de agente libre extendido a todos los hombres. A su vez, el socialismo sostendrá que basta eliminar la propiedad privada como raíz estructural de las desigualdades entre los grupos sociales, para permitir una expansión ilimitada de la riqueza material y para terminar con todas las formas de coerción y la irracionalidad en la asignación de los recursos.

En ambos casos, se presupone que una vez desembarazada de esas interferencias espurias o trabas que limitan el impulso que la motoriza, la racionalidad social fluye por sí sola, en virtud de su propia teleología, hacia los óptimos correspondientes a cada nivel o etapa de desarrollo.

A esta altura, resulta claro el contenido del núcleo duro del programa iluminista: se trata de su concepción del progreso como una acumulación lineal, unívoca y autocorrectiva, y que en adelante designaremos como Filosofía Iluminista del Progreso (FIP). ¿Por qué caracterizamos a esa concepción como “núcleo duro”? Debido al lugar lógico que ocupa en el programa iluminista: operará como un condicional contrafáctico, es decir postula lo que tendríamos que esperar si lográramos suprimir de las trayectorias observadas todas las interferencias. Un postulado de ese nivel es irrefutable, carece de falseadores potenciales, por lo menos directos. Es imposible encontrar una situación observable que refute el postulado de la acumulación lineal, ya que la imposibilidad resulta inscrita en las mismas condiciones de su formulación: “si eliminamos”...

1.3. *La heurística positiva del programa iluminista*

Desde el momento en que el núcleo firme no puede ser refutado, tampoco puede ser corroborado. Pero entonces, ¿qué ganamos con su postulación?, ¿qué papel positivo tiene ese condicional contrafáctico en la estructura teórica del programa iluminista? Ya conocemos la respuesta: el postulado acerca del progreso proporciona la base cero de los intentos explicativos y, además, la dirección de esos intentos, los modelos genéricos que los guían, es decir, los principios de su heurística positiva.

Una analogía elemental puede facilitarnos la comprensión de la función positiva del núcleo firme: el principio de inercia cumple con respecto a la cinemática el mismo papel que la FIP con respecto al programa iluminista. Por lo pronto, en la formulación del principio encontramos la misma forma lógica: se trata de un condicional contrafáctico y también postula una operación ideal de eliminación de interferencias. En efecto, el principio de inercia postula que en un medio carente de resistencias o roces, en donde no intervengan nuevas fuerzas, un móvil mantendrá indefinidamente su velocidad inicial. ¿Cómo utiliza la cinemática ese principio? Opera como la base cero a partir de la cual pueden analizarse y reconstruir las trayectorias observables, explicándolas como desviaciones del comportamiento no interferido; la di-

rección y la magnitud de la desviación me permiten identificar el agente que la provocó. Así, por ejemplo, si la bala impulsada por el cañón describe una parábola, esa trayectoria puede ser reconstruida apelando a la resistencia del aire y a la gravitación ejercida sobre ese móvil. Así, pues, el desarrollo exitoso del programa de investigación aplicado en el caso de la cinemática ilustra cómo se conjugan los tres componentes hasta ahora examinados: el cambio de problemática, el núcleo firme y la heurística positiva; esta última se construye a partir de dar por obvio, por no necesitado de explicación, una trayectoria "normal"; a su vez, esa trayectoria normal sirve de base cero en un doble sentido: exige explicación de las desviaciones y orienta la reconstrucción de las trayectorias observables.

Si nos trasladamos ahora al programa iluminista, comprobamos cómo se repite la misma estructura teórica. Al igual que en el enfoque "clínico", se asume que el desarrollo sano y normal, la acumulación lineal progresiva no requiere ser explicada: los pueblos son "empujados" hacia niveles crecientes de realizaciones en todos los terrenos toda vez que son eliminados los obstáculos que traban ese impulso; a partir de ese marco de referencia es posible explicar las trayectorias observadas en la historia de la humanidad, remitiendo las desviaciones y los retardos a factores perturbadores que inciden en cada caso. En este caso la heurística positiva está orientada a identificar esos factores de perturbación y explicar cómo y en qué medida traban el desarrollo tecnológico, la acumulación económica, la expresión de la voluntad política de los pueblos y el desarrollo de procesos culturales genuinos.

1.4. *El cinturón protector del programa iluminista*

De acuerdo a Lakatos, un programa de investigación resulta "progresivo", en su confrontación con programas rivales si, además de cumplir con las exigencias mínimas que lo habilitan para "entrar en carrera" —cubrir una base empírica más amplia o por lo menos equivalente a la de sus rivales, predecir hechos nuevos—, su desarrollo teórico tiene una articulación endógena que opera a partir de sus polos "internos" de acumulación, es decir, si la construcción en serie de sucesivos modelos de explicación, cada vez más ajustados y completos, se despliega alrededor del propio eje heurístico del programa. En este punto, es más sencillo proporcionar una caracterización negativa: lo opuesto a "progresivo" es "regresivo", y un desarrollo teórico es regresivo cuando se ve obligado continuamente a realizar acomoda-

ciones *ad hoc* de sus modelos explicativos, para dar cuenta de los nuevos resultados observacionales o para inmunizar al programa de sus anomalías y contraejemplos más notorios. El carácter progresivo del programa newtoniano, a pesar de sus innumerables desencuentros con los resultados observacionales, se habría confirmado, según este criterio de Lakatos, desde el momento en que sus hipótesis auxiliares y las correcciones efectuadas sobre las teorías observacionales vigentes —teorías de la refracción atmosférica, de la propagación de la luz, etc.— no se desarrollaron para salvar las dificultades del programa, sino siguiendo el hilo conductor del propio programa.

En el caso del programa iluminista, el cinturón protector estaría constituido por todos aquellos desarrollos teóricos que procuran dar cuenta de la inadvertencia generalizada, por parte de los agentes, involucrados en procesos de cambio, de las trabas o bloqueos que obstaculizan la acumulación lineal de la racionalidad social en marcha. Con todo, esas "anomalías" son elementales y las exigencias explicativas son, hasta aquí, reducidas: la inadvertencia es solamente una falla o carencia de la "visión", un mero ocultamiento de un aspecto de "la realidad". Las exigencias son mayores cuando el cinturón protector debe ampliarse para dar cuenta de una distorsión "positiva", es decir de un sesgo sistemático en el procesamiento de esa "realidad", sesgo del que deriva un conjunto orgánico de creencias falsas, ilusorias, irracionales. Por último, llegamos a un nivel máximo de exigencias —y dificultades— explicativas, cuando se trata de dar cuenta de la conjunción estructurada de inadvertencia/deformación sistemática. En este caso se trata de reconstruir el mecanismo ocultador/distorsionante que induce a los agentes a asumir como fruto de su propia determinación libre y racional, lo que —según la propia heurística del programa— no es más que su sometimiento inevitable a una trama articulada de relaciones sociales. De esa manera, se conjugan dos efectos distorsionantes: por un lado, dicha trama opera como un obstáculo inadvertido a los procesos de acumulación; por otro lado, los propios agentes —en vez de percibir su condicionamiento por esa trama, la reducción de su capacidad de controlar y orientar su propio destino genérico— se autoinvisten como centros autónomos que producen/regulan esas mismas relaciones.

A esta altura resulta obvio que ese cinturón protector del programa iluminista coincide en gran parte con las múltiples y cada vez más sofisticadas versiones de las teorías de la enajenación, de la falsa conciencia, de las ideologías. En particular, la teoría marxiana del fetichismo de las mercancías intenta dar cuenta de la conjunción ocultamiento/distorsión, a la que recién ubicamos en el tercer nivel de exigencias

y dificultades explicativas. No podemos ocuparnos en esta oportunidad de realizar una evaluación de las teorías que integran ese cinturón protector; nos limitaremos a consignar algunas observaciones críticas a modo de adelanto de las pistas que seguiremos para esbozar un enfoque alternativo.

La falla principal de todos los desarrollos teóricos que integran el cinturón protector del programa iluminista, reside, a nuestro juicio, en convertir lo que no pasa de ser un conjunto cambiante de desfases —reparables y “elásticos”— entre distintos niveles o instancias de codificación del entorno natural y social, en un abismo ontológico y epistemológico imposible de franquear, a no ser con recursos extraordinarios. En las sociedades actuales no encontramos nada parecido a esos velos indescorribles que ocultarían sistemáticamente las relaciones ocultas de poder ni esos compartimientos estancos en donde residirán, incomunicados entre sí, el saber genuino por un lado y las falsas creencias por otro; a lo sumo, constatamos un espectro continuo de conjeturas más o menos acertadas.

En todo caso, los mecanismos de ocultación sistemática estaban integrados a una regulación estratégica que devino obsoleta en las últimas décadas del siglo pasado, siendo sustituida por una estrategia alternativa, basada en la explicitación de las regulaciones políticas sobre el funcionamiento de la sociedad civil. La teoría marxiana del fetichismo de las mercancías tuvo éxito en desautorizar definitivamente las pretensiones de legitimación del discurso clásico de la economía capitalista. En cambio, pierde la mayor parte de su eficacia crítica y de su poder heurístico cuando el Estado abandona decididamente su mentiroso rol de árbitro neutro, despolitizado, ajeno a toda interferencia en las luchas sociales; ese cambio de contexto opera de manera tal que todos los agentes, incluso los situados al nivel más bajo de la escala social y con un menor acceso a la información idónea, manejan explícitamente las ecuaciones existentes de poder, las complejas coaliciones de poder económico y político, como algo trivial; esto no quiere decir que sus “mapas sociales” tengan todos el mismo nivel de aciertos, pero sí descarta cualquier corte rígido entre ellos que les asigne una “naturalidad” diferente.

1.5. *La involución del programa iluminista*

Sería injusto desconocer los aportes positivos de las estrategias iluministas a procesos emancipatorios decisivos para la evolución de la humanidad —tanto en la liquidación del ordenamiento feudal como en

el surgimiento de alternativas al sistema capitalista—, su contribución a la apertura originaria de un espacio de crítica y de elaboración de modelos utópicos, la confianza protectora con que rodeó los primeros intentos balbuceantes de desarrollar un pensamiento crítico y racional y de aplicarlo a la convivencia diaria, contra las resistencias poderosas que se oponían a esa empresa. Con todo, el mismo ánimo imparcial debe permitirnos reconocer que una vez pasada la primera etapa de formulación de su heurística y de los componentes básicos del cinturón protector, el desarrollo teórico del programa se detuvo y entró luego en una trayectoria francamente regresiva. Las correcciones y ajustes introducidos en los sucesivos modelos explicativos ya no se anticipaban a los nuevos saberes y resultados observacionales sino que iban a su zaga.

En cierto sentido la aventura del programa iluminista es comparable a la suerte corrida por los dinosaurios: desarrolló un cinturón protector tan potente —el equivalente a las corazas de las especies desaparecidas— que sólo logró ponerse a salvo de toda crítica e incertidumbre al precio de ahogar su vitalidad teórica, su capacidad de revisar presuposiciones centrales y explorar vías alternativas. Es posible pensar que sin esa coraza protectora, sin esa confianza dogmática en su propia apuesta y sin esas facilidades autoconcedidas para descalificar toda oposición, los hombres no habrían tenido la osadía de librarse a las especulaciones y cuestionamientos radicales que hicieron posible tantas conquistas de la razón y de la libertad. Lo cierto es, sin embargo, que a partir de cierta etapa el programa, y en particular su cinturón protector, empezó a generar efectos autodestructivos, estrechando el propio espacio de crítica y reflexión que había contribuido a abrir, obstaculizando el camino hacia nuevas conquistas de la razón y de la libertad, encadenando a los hombres a la perspectiva de un proceso autocontenido de acumulación progresiva que termina por descalificarlos como agentes responsables de su propio destino. Por otra parte, al llegar a esta etapa, los ajustes heurísticos de su cinturón protector empezaron a entrar en contradicciones cada vez más notorias con los avances de la reflexión epistemológica, con las reconstrucciones más confiables de la historia de las ciencias, con las perspectivas abiertas sobre la evolución de la razón y sus condiciones de ejercicio.

No es difícil identificar la clave de esa trayectoria degenerativa del programa en cuestión: la estrategia central del iluminismo consiste en identificar la base cero —a partir de la cual se detectan las desviaciones y las interferencias— con “la realidad en sí misma”, adjudicando al sujeto “saneado” el acceso directo a dicha “realidad”: la consecuencia inevitable de esa maniobra es la descontextualización de su propio

abordaje de la realidad, el situarlo al margen de toda posibilidad de revisión, el imposibilitar las confrontaciones y las traducciones mutuas entre abordajes diferentes, no necesariamente excluyentes entre sí.

Para completar el panorama de deficiencias, el propio núcleo firme del programa —la concepción de la acumulación lineal y autocontenida de la racionalidad— no pasa de ser una versión simplista e ingenua de la compleja articulación de los procesos de aprendizaje, con sus etapas críticas y sus saltos de nivel, y también con sus exigencias específicas, diferenciadas para las distintas dimensiones de la racionalidad. Dada esa simplificación excesiva, no es sorprendente que al intentar aplicar operativamente la heurística iluminista, los rendimientos explicativos obtenidos sean tan escasos e imprecisos. Es relativamente accesible la ilustración de esto último si comparamos esos rendimientos con los de cualquier teoría física elemental, obligada a dar cuenta de desviaciones y distorsiones a partir de una trayectoria “normal”. Así, por ejemplo, cuando explico la imagen distorsionada del remo introducido en el agua, la diferencia de densidad entre un medio y el otro —entre el aire y el agua— me permite predecir el ángulo de refracción de la luz al pasar de uno a otro; por lo tanto, quedo habilitado para dar cuenta de esa imagen distorsionada, rescatando su “verdad” e integrándola al conjunto de resultados observacionales reproducibles con precisión. En cambio, en las ciencias sociales, los recursos teóricos incorporados al cinturón protector del programa iluminista no permiten ir mucho más allá de destacar la distancia entre la base cero —“la realidad en sí”— y ciertos conjuntos de representaciones y creencias que una investigación empírica, ajena al mar teórico, ha comprobado como recurrentes en ciertos grupos sociales. Dicho de otra manera: en virtud de su propia estrategia constitutiva, teorías del tipo de la falsa conciencia o de la enajenación están inhabilitadas para ofrecer un equivalente o incluso una aproximación a los rendimientos explicativos obtenidos en el caso del “remo torcido”: no pueden proporcionar una reconstrucción precisa “ex ante” de las distintas codificaciones y mapas sociales que asumen los agentes, fracasan cuando intentan predecir —anticipadamente a cualquier testimonio directo al respecto— la estructura interna de las distintas matrices de aprendizajes sociales. Se olvidan, además, de que la propia “realidad en sí” de lo social, no es sustancialmente diferente a esos procesos estructurados de aprendizajes.

2. LAS APUESTAS DEL PROGRAMA ILUMINISTA

En una primera aproximación habíamos caracterizado a las estrategias específicas del iluminismo como análogas al abordaje “clínico”, orientado a detectar las desviaciones con respecto a una trayectoria “normal” y a identificar los factores responsables de esas desviaciones. También señalamos que esta trayectoria “normal” constituía la base cero, tanto de los modelos explicativos como de los criterios de evaluación.

¿Qué base cero utiliza el programa iluminista como referencia para analizar y reconstruir las trayectorias observables de las sociedades humanas? Para responder esta pregunta analizaremos, en pasos sucesivos, las respuestas iluministas dadas al problema de la base cero en los procesos de acumulación de racionalidad social.

2.1. *El carácter autocontenido de la racionalidad social*

El médico no tiene mayores dificultades en fijar su base cero, por cuanto maneja una noción aceptada —no siempre con la generalidad y univocidad que se pretende— de lo que es un organismo sano. Sin embargo, aun en ese plano aparentemente sencillo, la formulación precisa de la “norma” muestra algunas complicaciones que no están presentes, por ejemplo, en el caso de la desviación de la trayectoria de la luz o en el de la trayectoria esperada de la bala de cañón. Por lo pronto, es preciso tener en cuenta las variaciones que afectan al organismo como resultado de la puesta en marcha de los sistemas autocorrectivos y de los programas de crecimiento. En ambos casos comprobamos desviaciones con respecto a los estados de equilibrio estacionario, y sin embargo no las consideramos como apartamientos de la norma sino, al contrario, ajustadas a ella a un nivel más profundo. Como sabemos, los organismos admiten márgenes amplios de variaciones en su funcionamiento, modificaciones sustanciales de sus variables internas como recursos idóneos para ajustarse a los desafíos cambiantes del medio; además, responden a la interferencia de factores desequilibradores mediante sistemas autocorrectivos especializados, capaces de desencadenar procesos que neutralizan esas interferencias y producen el retorno al estado estacionario. En el caso de las infecciones, la propia perturbación del organismo —modificación de su temperatura, velocidad de circulación sanguínea, etc. “normales”— constituye una respuesta adecuada, y por lo tanto acorde a la “norma”, a la interferencia del agente patógeno, virus o bacteria.

Si incorporamos los distintos sistemas autocorrectivos y los mecanismos de ajuste a exigencias diferentes del medio, a nuestra base cero, debemos corregir nuestro concepto de desviación de modo tal que nos permita distinguir entre aquéllas que permiten al organismo reproducir los estados estacionarios de equilibrio y aquéllas que, en cambio, disminuyen esa capacidad. Así estaremos autorizados a hablar de metadesviaciones, es decir, desviaciones que afectan a los procesos autocorrectivos y de ajustes diferenciales y dan lugar a una ejecución "anormal", por insuficiencia, bloqueo, exceso o descontrol: hablamos de ejecución insuficiente cuando no logra contrarrestar el factor perturbador, mientras que hablamos de ejecución excedida o descontrolada cuando ella se convierte en una amenaza para el organismo, por ejemplo, cuando las defensas inmunológicas atacan indiscriminadamente tejidos sanos y enfermos.

Hasta aquí las sucesivas correcciones de la trayectoria "normal" se ubican dentro de un clivaje sincrónico. Las cosas se complican cuando necesitamos incluir entre las variaciones "normales" no solamente las producidas por regulaciones homeostáticas —orientadas a mantener o restablecer el ajuste de las distintas variables orgánicas a ciertos umbrales preestablecidos— sino también las derivadas de regulaciones homeorrésicas, es decir las que dirigen el crecimiento del organismo y controlan la aparición de nuevos niveles de integración o especialización, (Bateson, 1972 y 1979; Piaget 1967, 1974 y 1976; Waddington, 1968). Y todavía necesitamos nuevas reformulaciones para contemplar las situaciones "normales" de organismos inmaduros, cuyas insuficiencias para proveerse de alimentos y responder a los desafíos del medio —insuficiencias subsanadas a veces mediante la intervención de sus congéneres maduros— se sitúan dentro de la trayectoria preestablecida en el programa de crecimiento e incluso abren la puerta a los procesos sociales de aprendizaje.

Una vez cumplida esa serie de reajustes y ampliaciones de nuestra base cero, nos falta aún dar un último paso que nos conduzca más allá de los programas orgánicos. En efecto, los procesos autocorrectivos que hemos considerado hasta ahora se orientan hacia un "estado estacionario" preestablecido como trayectoria normal dentro de un ciclo biológico dado. Para abarcar la evolución de las sociedades tenemos que recurrir a procesos autocorrectivos que operen en favor de una acumulación lineal, es decir, que acusen una capacidad de regulación autocontenida pero no orientada hacia estados estacionarios definitivos. Una vez dado este paso, ya contamos con una base cero adecuada: a partir de ella, el conjunto de trayectorias observadas, es decir, los procesos de evolución de las distintas sociedades, pasan a ser

referidas y comparadas a una trayectoria "normal", definida por un incremento continuo de la racionalidad que va de lo menos a lo más, a lo largo de una escala única.

Por supuesto, la formulación anterior no nos proporciona una determinación operativa de la pauta de incremento continuo —la derivada de la función que expresaría la trayectoria "normal"—, ni tampoco ofrece criterios específicos de evaluación de una ejecución particular como progresiva o regresiva. Sin embargo, tales carencias no constituyen un defecto desde el punto de vista del programa iluminista, sino una virtud. Si asumimos sus presupuestos, no sólo no es necesario poder trazar con anticipación esa trayectoria normal, definir la base cero con la misma precisión que logra el físico en el caso de la propagación de la luz, sino que, al revés, se considera la no sujeción de la razón a impulsos o directivas externas a su propio ejercicio como la condición constitutiva que posibilita su potencial de acumulación progresiva. La luz o el proyectil tienen su trayectoria preestablecida por la magnitud y dirección del impulso o foco originario; por lo tanto, se ajustan a una "norma" ajena a ellos. En el caso del organismo, las variaciones y ajustes obedecen a su propia norma interna, pero esta está preestablecida en su propia constitución y no da lugar a un progreso indefinido. En cambio, la capacidad de universalidad de la razón, de conocer al mundo en toda su extensión y variedad y de orientarse por principios objetivos válidos para cualquier agente —es decir, con independencia de su programa específico de regulaciones— no admite directivas fijas, ajenas a su propio ejercicio autónomo y a las condiciones de su autorreproducción.

En este punto, el programa iluminista no introduce ningún giro nuevo; se limita a prolongar las concepciones clásicas más arraigadas sobre el puesto del hombre en el cosmos: en cuanto ser de razón, el hombre carece de un lugar propio, de un encaje ontológico ya establecido, y precisamente, esa condición descentrada es la que lo habilita para abrazar la totalidad del mundo como su hogar, para comprenderlo según sus propios principios. De acuerdo a la concepción aristotélica de la entelequia —presente en la interpretación marxiana de la praxis— lo que distingue a la *poiesis* de la *praxis* es que, mientras la primera se evalúa por el ajuste de sus resultados a un plan que le es ajeno, la segunda se "mide por sí misma", se tiene a sí misma como unidad de medida, como su propio *telos*. Dicho de otra manera: no tiene otro criterio al que ajustarse a no ser el de su propia autorreproducción, la confirmación de su propio ejercicio en forma ilimitada.

Así, pues, el recurso a criterios preestablecidos para discriminar entre los ejercicios genuinos, desembarazados de la razón, y los ejer-

cicios bloqueados, distorsionados, además de ser imposible, es ilegítimo: en este caso la autocorrección es intrínseca, resulta del propio contraste entre un tipo de ejercicios y otros, del evidente carácter frustráneo de uno y de la igualmente manifiesta idoneidad del otro.

2.2. *El carácter unívoco de la empresa emancipatoria*

En este punto, con todo, el programa iluminista introduce un sesgo propio que le permite, de paso, resolver con sencillez y elegancia una red de problemas. Para Aristóteles, las formas genuinas de la praxis se situaban al margen de las interacciones materiales y requerían como condición de su ejercicio un contexto equilibrado de relaciones sociales y hábitos o virtudes ético-políticas; ese contexto equilibrado sólo podía obtenerse en unidades sociales reducidas y por el acotamiento de las realizaciones y ambiciones a límites dados, es decir, en un marco caracterizado por una reproducción simple de la base material de la sociedad y por la eliminación de polos de acumulación excesiva de riqueza o poder. En cambio, el programa iluminista mediante una habilidosa maniobra conceptual, establece un vínculo estrecho entre el desarrollo pleno de la razón y la acumulación ilimitada de conquistas, de logros crecientes, en todas las áreas de la actividad humana. Vista desde la perspectiva articulada por ese vínculo, la evolución de las sociedades se convierte en la lucha de la razón para irse sobreponiendo a los obstáculos materiales y sociales que la inhiben, y el signo externo de sus éxitos está a la vista en el progreso acumulativo de sus diferentes realizaciones: se trata, pues, de un único aprendizaje y de una única empresa emancipatoria.

Al introducir este vínculo entre la maduración de la razón, por un lado, y "sus obras", por otro, el programa iluminista "mata dos pájaros de un tiro": despacha audazmente dos dificultades que tenía por delante. La primera radica en la inocultable diversidad de los aprendizajes e instancias de realización y acumulación de logros; aun admitiendo que se trata en último término de formas de saber y tareas de la razón, lo cierto es que cada dimensión del hacer humano parece presentar problemas y exigencias específicas. Las condiciones que favorecen o dificultan el progreso, las metodologías o estrategias adecuadas, ¿son las mismas cuando se trata del aumento de los conocimientos del potencial tecnológico, del control sobre el medio y la disposición de más y mejores recursos; o cuando se trata de la capacidad de regulación consensual de la convivencia, de garantizar la libertad y la justicia, del enriquecimiento de las formas culturales, artísticas y expresivas, etc.?

La segunda dificultad es la que venimos apuntando desde el principio de este apartado y que, si bien se la ha descalificado desde el punto de vista teórico, persiste como incertidumbre práctica: ¿qué coordenadas podemos utilizar para establecer una trayectoria normal de la acumulación social?, ¿con qué criterio evaluamos como desviada o correcta cualquier performance si el despliegue de la razón no se ajusta a un programa establecido?

Ya conocemos cuál es la solución conjunta a ambas dificultades; revela una osadía que nos asombraría si no fuera porque se reviste de un aire de sencillez, de trivialidad, de axioma incuestionable y por lo mismo, exonerado de formulación explícita. (Esa "trivialidad" fue su mejor agente de ventas, lo que le permitió una vigencia y un arraigo cuyos imperios no parecen tener fin). La maniobra iluminista consiste en descartar el recurso a cualquier criterio o sistema de coordenadas preestablecido, que incluye parámetros "materiales" específicos a cada dimensión, para evaluar cualquier trayectoria en función de su aporte a la verdad, el bien, la felicidad, la libertad, la justicia, etc. Ese descarte, al igual que el rechazo de toda estrategia o metodología para articular los distintos procesos de aprendizaje y acumulación, no es más que el corolario de su postulación de un solo impulso central, unificado, de la razón, motorizador de la trayectoria "normal": como ya vimos, ésta no puede medirse por sus resultados paso a paso, sino por el carácter "saneado" de la fuente de donde mana. Los avances de la razón, las ejecuciones "correctas" son aquéllas que fluyen de un agente saneado, no interferido o condicionado por factores perturbadores.

Por supuesto, la estrategia que el iluminismo utiliza para definir su base cero, admite innumerables variantes, confrontaciones internas e incluso un desarrollo heurístico que va complicando y corrigiendo las formulaciones iniciales, en particular cuando se trata de definir las condiciones que debe cumplir el agente para estar "saneado". Así, por ejemplo, el conocimiento cierto y confiable es el resultado de la actividad del sujeto epistemológico depurado de sus "ídola" (Bacon), purificado por la duda metódica (Descartes), que no se guía por anticipaciones ni conjeturas arbitrarias (Newton), liberado de prejuicios, pasiones e intereses espurios (Bayle), que no se deja llevar más allá de su alcance legítimo, ya sea éste fijado por la base sensorial genuina (Condillac) o por las propias condiciones de su ejercicio (Kant). Aunque todas esas formulaciones tienen como centro el sujeto epistemológico, desde su origen la heurística iluminista desbordaba ampliamente el problema del conocimiento: la lucha por la emancipación de la razón es una sola, y de lo que se trata es de ganar batallas en los distintos frentes, ya que cualquier conquista en uno de ellos acumula

fuerzas para los combates simultáneos que se libran en los restantes. Dicho de otra manera: no hay más que una base cero común, el agente saneado asegura la reproducción ampliada de conductas libres, responsables y equitativas, de modo que los empeños deben estar dirigidos a asegurar progresivamente las condiciones materiales e institucionales que neutralizan las interferencias y distorsiones.

2.3. *El marxismo como variante del iluminismo*

En ese marco, encuentran su lugar apropiado las apelaciones de Jefferson y Paine al "common sense", a la "ley inscrita en el corazón de los hombres": si erradicamos las condiciones opresivas y los hábitos de servilismo que "corrompen a los pueblos del Viejo Mundo", lo que encontraremos — la base cero y las desviaciones, otra vez — es la expresión digna y saludable de los hombres libres, quienes no obedecen otra regla que la que se han impuesto a sí mismos.

El propio arte marxista clásico, lejos de constituir una ruptura con el programa iluminista, se entronca decididamente en esa matriz, en particular a través de su caracterización de la praxis como autoconstrucción, como instancia autocontenida, exonerada de rendir cuentas a otras instancias. La insistencia en la transformación revolucionaria de las relaciones sociales basadas en la propiedad privada, como condición del éxito de la empresa milenaria de emancipación del género humano, no hace más que prolongar y radicalizar lo que habían adelantado al respecto D' Holbach, Helvetius y otros iluministas. Se trata en el fondo de una redefinición de las condiciones de saneamiento del agente, que coincide con el protagonismo de la clase obrera como portador idóneo de la racionalidad acumulativa del proceso evolutivo global de la humanidad, y por lo tanto, de una ampliación del diagnóstico acerca de las interferencias que operan sobre trayectoria normal o base cero. Incluso allí, cuando Marx parece alejarse del programa clásico, al fijar un objetivo preestablecido — la transformación revolucionaria — para dirigir los empeños emancipatorios, no deja de mantenerse fiel a esa inspiración tradicional: dicha transformación no es sino la consecuencia "natural" de la maduración progresiva de las prácticas y relaciones sociales, de la acumulación de potenciales productivos que desde siempre pugnan por desembarazarse de todas las constricciones que traban su desarrollo.

En apoyo de estas últimas formulaciones, reproducimos a continuación algunas expresiones de Marx, extraídas de las *Tesis sobre Feuerbach*.

"El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir

una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema PRACTICO. Es en la práctica donde el hombre debe mostrar la verdad, es decir la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad e irrealidad de un pensamiento aislado de la práctica, es un problema puramente escolástico". (Tesis, II).

"La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como PRACTICA REVOLUCIONARIA". (Tesis, III).

"La vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica". (Tesis, VIII).

Así, contrariamente a la opinión más corriente, el marxismo en su conjunto vino a confirmar la credibilidad de las premisas iluministas sobre el progreso como acumulación lineal y autocontenido. Y no se trata exclusivamente de lo que señala Poulantzas, el tributo pesado que paga Marx a "la influencia de la ideología del progreso técnico de la filosofía Iluminista". (Poulantzas, 1981, p.31), tributo que se manifiesta en el conocido pasaje de su obra que vincula el cambio del molino de viento por el molino de vapor con el tránsito del feudalismo al capitalismo; esa vertiente de su pensamiento (1), — con ser importante para testimoniar sus vínculos con la filosofía iluminista, toda vez que incorpora su concepción del desarrollo de la ciencia y la tecnología como procesos acumulativos — no es decisiva, por cuanto lo que determina en último término el ritmo y la orientación de la evolución de la humanidad son las relaciones sociales de producción:

"Contrariamente al economicismo tradicional que lleva directamente al tecnicismo y que sólo ve en las relaciones de producción una mera cristalización — envoltorio — reflejo de un proceso tecnológico de las fuerzas productivas como tales... es la primacía de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas lo que otorga a su articulación la forma de proceso de producción y reproducción. A pesar de que las fuerzas productivas posean una materialidad específica que no puede desconocerse, ellas se organizan, sin embargo, en función de las relaciones de producción dadas". Poulantzas, 1981, p.31).

En cambio, lo que resulta decisivo y adscribe al marxismo a la apuesta central del iluminismo, es su concepción de la racionalidad

(1) K. Axelos destacó el lugar decisivo de la técnica en el pensamiento marxiano. (Axelos, K., 1961). Por otra parte, pensadores que reconocen su filiación con la obra de Marx, como J. Habermas y R. Williams, entienden que el concepto marxiano de producción resulta sesgado por el eje de la técnica. (Habermas, J., 1981; Williams, R., 1984).

como autocontenida, como fluyendo "directamente" del sujeto social "saneado", liberado de interferencias. Los pasajes transcritos de las *Tesis sobre Feuerbach* confirman que el eje privilegiado del marxismo pasa por la eliminación de toda distancia o mediación entre la actividad y su principio de regulación, por su rechazo de cualquier elaboración explícita de esos principios o de las orientaciones estratégicas como instancias diferenciadas de autocorrección de las ejecuciones. Mientras un sistema social no arribe a su crisis definitiva, son inútiles todas las protestas e indignaciones morales, las críticas, las propuestas de cambio (2). Y cuando esta crisis llega es porque ya están las soluciones "contenidas" en los procesos que condujeron al propio derrumbe de esa formación social.

"Una formación social no desaparece antes de haber desarrollado todas las fuerzas productivas que ella es capaz de abarcar, y las relaciones de producción nuevas y superiores no son incorporadas antes de que sus condiciones materiales de existencia se hayan desplegado en el seno mismo de la vieja sociedad. Por eso la humanidad no se plantea jamás sino aquellos problemas que puede resolver, y mirando con atención se comprueba que el problema genuino no emerge sino allí donde las condiciones materiales para su resolución ya existen o por lo menos están forjándose". (Marx, 1957, p.5)

Por otro lado, la contribución de Marx a la teoría clásica de las ideologías como mecanismos de ocultación-deformación, lo ubica en continuidad con el programa epistemológico del iluminismo. Como señalamos anteriormente, esa teoría clásica constituye una de las estrategias inmunizadoras de ese programa, integra el cinturón protector que administra los resultados observacionales y da cuenta de las anomalías. Para una concepción del progreso que apuesta a la acumulación lineal y unívoca de la racionalidad social, es decisivo poder dar cuenta del desfase existente entre ese proceso "objetivo", pero no siempre manifiesto, por un lado, y por el otro, los códigos y mapas sociales de los actores involucrados en ese proceso, sus modelos de identidad social y de asunción de roles, e incluso las instituciones y reglas de juego explícitas, en las que no se reflejan sino tardíamente los cambios procesados a nivel subyacente. Precisamente, fue Marx quien convirtió a ese desfase en eje central de su topología social.

(2) La formulación anterior parafrasea una carta de Marx a Engels, citada en Marx, K., 1957, p. VIII.

2.4. *El sentido último de la apuesta iluminista*

Concluyendo este punto: las notas de unicidad y de autocontención del proceso acumulativo de la racionalidad social resuelven el problema de cómo definir la base cero —la trayectoria normal— y facilitan la aplicación del abordaje "clínico". Tanto desde el punto de vista teórico —cómo discernir entre la verdad y el engaño, entre la realidad y la ilusión, entre el saber genuino y la falsa creencia— como desde el punto de vista práctico —cómo superar la miseria, la opresión, el servilismo, la resignación impotente, etc.— el problema se resuelve en una forma audaz por lo sencilla: en todos los casos se trata simplemente de detectar las interferencias y localizar su fuente, es decir, el factor perturbador, y luego extirparlo o neutralizarlo, de modo que dé paso libre al proceso acumulativo de la racionalidad social, es decir, dejando espacio para que actúen los sistemas autocorrectivos intrínsecos que regulan la evolución ascendente de la humanidad y con los que el agente depurado se orienta en el mundo. Una vez erradicadas las condiciones que mantienen a los pueblos sumidos en la ignorancia, el miedo, la superstición, en la impotencia material y en la autodesvalorización etc, el camino del progreso ilimitado está expedito, toda vez que esa "depuración" asegura la reproducción ampliada del propio agente humano como libre, imparcial, innovador, responsable en sus juicios y conductas, equitativo en el trato con los demás, etc.

3. LOS TITULOS DE IDONEIDAD QUE AVALAN LA APUESTA ILUMINISTA Y SU EXTRAÑA SOBREVIVENCIA

Aquellos científicos sociales latinoamericanos que ya por razones de edad o de conformación espiritual no habían perfilado definitivamente sus apuestas y confianzas fundamentales antes de 1975 —para fechar una inflexión que en otros continentes se produjo antes— les resultará, quizás, innecesario y redundante dedicar esfuerzos a analizar y criticar una matriz teórica que consideran decididamente obsoleta. A primera vista, les asientan sólidas razones. La apuesta a una acumulación espontánea y unívoca de las realizaciones humanas, la preocupación casi excluyente por identificar los obstáculos que podían trabar esa acumulación, el descuido o simple desconocimiento de las estrategias de distinto nivel que operan en cualquier aprendizaje articulado y que dan cuenta de gran parte de las trayectorias divergentes comprobadas en la

evolución de los pueblos, se nos aparecen ahora, desde las perspectivas que se han ido consolidando en la última década, como excesivamente ingenuas —casi lindantes con la superstición— y hasta “perezosas”, autocomplacientes, resultado del mero asombro provinciano ante las innovaciones y del escapismo fácil que deja al mero transcurso del tiempo el cuidado de curar todos nuestros males presentes.

Desde el momento en que las ciencias sociales y las reflexiones filosóficas actuales coinciden en un fallo —al parecer inapelable— de desautorización de todas esas pretensiones, estaríamos habilitados a considerar al programa iluminista como una obsolescencia, una pieza de museo representativa del siglo XVIII, donde debería quedar guardada definitivamente.

Cualquiera de esas dos apreciaciones, tanto la falta de títulos sólidos como la obsolescencia ya decretada, desconoce la gravedad de lo que está en juego en esta confrontación. La primera por cuanto, sin proponérselo, descalifica los títulos de la apuesta iluminista con parecida ligereza con que ésta se apresuraba a condenar las falsas creencias, las falencias lógicas del pensamiento “primitivo”. Ambas porque olvidan los éxitos teóricos y prácticos que avalan esa apuesta, sus aportes decisivos e incuestionables a muchos de los procesos emancipatorios de la humanidad y, sobre todo, desconocen hasta qué punto la mayor parte de nuestro “andamiaje mental” está impregnado por su matriz teórica —y no en aspectos secundarios ni sólo en la opinión “profana” sino en asuntos cruciales y con penetración en los más conspicuos círculos académicos.

Pongo un ejemplo: la mayoría de nosotros —por no decir todos— nos educamos y quizás nuestros hijos no corran una suerte muy distinta— con la maravillosa “fábula” del desarrollo continuo, impecable, de la ciencia física moderna; en esa fábula todo parecía reducirse a una especie de carrera de postas en que los avances de cada uno de los portadores de la antorcha de la verdad —Copérnico, Galileo, Kepler, Newton— permitía al siguiente retomar la marcha en el preciso lugar en que culminaba su esfuerzo. Es muy difícil que nos hayamos librado de la fábula complementaria acerca de la astronomía alejandrina, según la cual las creencias mitológicas y los prejuicios ideológicos habrían impedido a esos científicos “inmaduros” atenerse a la observación escrupulosa de “los hechos” —a diferencia del riguroso Tycho Brahe— y decidirse a desplazar a nuestro planeta de su posición privilegiada. Ta-

(3) Alusión al título de una obra de Alasdair MacIntyre, (1971), consultado frecuentemente a propósito de esta ponencia.

las fábulas forman parte de “las imágenes de nuestro tiempo” (3) y sólo algunos especialistas en historia de las ciencias son capaces de apreciar su falsedad irreparable. (4) Desgraciadamente toda una escuela de científicos prestigiosos, con Newton a la cabeza y contando con excelentes “agentes de ventas” —Voltaire, entre ellos—, difundieron esas versiones sobre el progreso de la ciencia y lograron convertirlas en lugares comunes. Apelando a cualquier recurso disponible para defenderse de las acusaciones de los cartesianos —un programa de investigación rival con no pocos triunfos en su haber y con innumerables seguidores entre los científicos de la época—, Newton debió construirse un cinturón protector inexpugnable contra las acusaciones de sus rivales que le enrostraban la inexplicabilidad de la acción a distancia, como algo digno de una cosmología mitológica. Su contraataque consistió en presentar sus investigaciones como la conclusión inevitable de los trabajos previos de Kepler, señalando que su labor se había facilitado por haberse subido a los hombros de un gigante. Los éxitos indiscutibles del programa newtoniano hundieron en el olvido al programa rival y vinieron a avalar indirectamente su versión de la marcha unívoca de la ciencia, algo que, por cierto, no pasaba de ser una habilidosa maniobra propagandística del propio Newton. (5) Si a estos éxitos les agregamos el desarrollo simultáneo de la tecnología —presentada igualmente como una acumulación de innovaciones en la que cualquier mente inquieta podía realizar su aporte, una vez que se desprendiera del desprecio de lo material y de la sumisión a las rutinas tradicionales— se va completando un panorama decididamente favorable a la imagen que la heurística iluminista ofrecía de la evolución social.

A lo anterior cabría todavía añadir la inmensa tarea —en parte paralela y en parte derivada de los mismos modelos que inspiraban los avances de la razón científica y las transformaciones tecnológicas— de reconstrucción racional del edificio entero de las leyes, de las instituciones sociales y políticas, de los códigos morales, etc.; a esa tarea debemos algunos de los procesos más decisivos de emancipación, casi todas las propuestas pioneras en estos terrenos, e incluso nuestras más entrañables expectativas respecto al futuro abierto para la humanidad.

Como vemos, los títulos que puede exhibir el programa iluminista no son escasos y la herencia que nos legó es más que apreciable, aun-

(4) Para la astronomía alejandrina nos basamos en Hanson (1973). Para la ubicación del programa newtoniano y su desarrollo nos basamos en Lakatos (1977a).

(5) Para este punto remitimos a la obra de Lakatos en la nota. (4).

que su aceptación deba ser sometida a la cláusula de "a beneficio de inventario". En todo caso, ya sabemos localizar el punto débil de toda esa construcción: la plomada utilizada— la base cero— es inutilizable. Hemos dado un nuevo paso en nuestra reconstrucción de la FIP: si ella constituye el núcleo firme del programa iluminista, a su vez dentro de ese núcleo hemos localizado una esfera central "dura", de naturaleza metafísica: *la identificación de la base cero con una realidad incondicionada*. Por lo tanto es imposible que ese programa sea corregido sustancialmente mientras la mayoría de nuestros hábitos mentales mantenga vigente esa referencia última para trazar el eje de coordenadas, a partir del cual evaluamos nuestros conocimientos y nuestras orientaciones prácticas. Hasta aquí, hemos oscilado entre una crítica implacable de los títulos que avalan la credibilidad del programa iluminista, y el reconocimiento de sus avales genuinos. Nuestra oscilación tiene justificativos. Si nos dejáramos llevar exclusivamente por la pendiente de la crítica, terminaríamos por sostener que todo el programa no contiene más que supersticiones ingenuas y confianzas autocomplacientes; con lo cual estaríamos utilizando, sin proponernos, el mismo criterio rígido de demarcación entre saber genuino-creencias falsas al que recurre la FIP como cinturón protector y como correlato imprescindible de su base cero.

En consecuencia, una descalificación tan radical del programa iluminista entraría en contradicción con nuestros propios objetivos: estaríamos recayendo en la misma heurística a la que nos proponemos sustituir y cerrándonos los caminos para esbozar una estrategia alternativa. Por lo tanto, en nuestra explicación del arraigo del programa iluminista tenemos que recurrir desde ya a los nuevos modelos heurísticos. La superación de un programa sólo es viable y legitimada racionalmente cuando disponemos de una alternativa confiable y con mejores rendimientos comparativos. Mientras no hayamos edificado otra base para nuestras apuestas y referencias últimas, seguiremos utilizando la que tenemos, y ello no debe explicarse por ningún efecto de inercia sino como la única estrategia racional posible. Al revés de lo que indica la concepción kuhneana, según la cual la crisis de un paradigma pone en marcha la construcción de su sucedáneo, los procesos históricos y lógicos son coincidentes en señalar una secuencia inversa: un programa entra en crisis cuando no puede seguir respondiendo a los desafíos de los programas rivales, desarrollados a veces simultáneamente, cuando algunos de éstos le ocupa su propia área de éxitos y corroboraciones y logra extenderla más allá.

Es verdad que hemos sido despojados de la confianza ingenua de nuestros antecesores, es decir, de las expectativas y apuestas al

iluminismo; que hemos recibido amargas lecciones, las suficientes como para librarnos de fáciles complacencias. Sin embargo, tales lecciones no cambian por sí solas las coordenadas últimas con las que confeccionamos nuestros mapas y nuestras evaluaciones: a lo sumo nos invitan a ser más precavidos, a medir con circunspección los obstáculos y las amenazas. En cambio, no nos obligan a desprendernos del recurso —cómodo— al abordaje "clínico": a la búsqueda de los factores perturbadores responsables de nuestros males y fracasos. Si recorremos la producción latinoamericana reciente en los terrenos de la historiografía y las ciencias sociales, encontraremos testimonios innumerables de la vigencia de ese tipo de abordaje, tanto en su vertiente teórica —etiológica, de nuestras trayectorias— como en su vertiente práctica —propuestas de soluciones. En lo que concierne a la producción uruguaya, el panorama es suficientemente unívoco: todavía no se han perfilado con nitidez ni los cuestionamientos de la heurística iluminista ni las propuestas alternativas.

4. A LA BUSQUEDA DE UNA ESTRATEGIA ALTERNATIVA

¿Qué precio estamos dispuestos a pagar como consecuencia de abandonar las coordenadas que nos proporciona el programa iluminista? ¿Qué dificultades tenemos que sortear en esa empresa? La empresa parece ser relativamente accesible cuando lo único que está en juego es un cambio en la orientación de algunas investigaciones sociales, cuando los efectos de la revisión de ciertos compromisos ontológicos y epistemológicos pueden —¿pueden?— ser limitados a determinados contextos especializados. No sucede lo mismo cuando esa misma revisión trastoca el horizonte de confianzas y apuestas a partir del cual los hombres articulamos nuestras identidades y orientamos nuestras lealtades. Así, por ejemplo, abandonar la referencia implícita a la base cero del programa iluminista implica, entre otras cosas, admitir que las soluciones no vienen dadas con los problemas, las dificultades o las crisis; que la verdad y el bien, las propuestas justas y eficaces no llevan "su marca en la frente" ni fluyen directamente de los agentes "saneados"; que no podemos apelar a principios, normas o criterios de evaluación sustraídos a la confrontación de interpretaciones rivales; que estamos interpelados a convertirnos en constructores responsables de las regulaciones que decidirán el destino del hombre sobre la tierra; y que el único título de legitimidad a que puedan aspirar nuestras propuestas en

torno a esas regulaciones —descartando el recurso a una racionalidad “objetiva” intrínseca a los procesos sociales y, su complementario, la apelación al portador genuino de esa misma racionalidad— proviene de los rendimientos que de ellas se deriven.

4.1. *Alternativas reales y no nuevas variantes*

Al dejar sin cobertura la clásica apuesta a la acumulación unívoca y autocontentida, nos vemos convocados a participar de una empresa radicalmente diferente; a realizar un giro que, de ser cumplido íntegramente, implicaría para nosotros, los hombres, el pasaje a un nivel superior de autocontrol sobre nuestra propia evolución como especie, un metaprendizaje. Dicho giro dista mucho de coincidir con una apuesta a la “razón instrumental”, a la “razón metodológica”, curada de sus delirios de grandeza y sueños metafísicos, o con el diagnóstico —continuamente reiterado y nunca cumplido— acerca del “fin de las ideologías”, o con cualquiera de las propuestas emparentadas.

Decimos que nuestro camino no pasa ni puede pasar por el de esas propuestas, por cuanto ellas no son más que versiones “disminuidas” de la matriz iluminista, una especie de “parientes pobres”, con sus mismos defectos y otros nuevos, propios; al fin, resultan tanto más peligrosas en cuanto logran amarrarnos con nuevas cuerdas al mismo sitio.

En efecto, todas ellas —y pensamos particularmente en Popper— reproducen a otro nivel y en otros términos la misma demarcación maniquea entre razón genuina/razón espuria, la misma lucha eterna entre el principio del progreso y el principio de la regresión. El precio que pagamos por ser recibidos en el ámbito de esa nueva racionalidad depurada y neutralizada equivale a la descalificación de todas nuestras pretensiones últimas sobre el mundo, nuestras búsquedas de sentido, como meros resabios irredentos e irredimibles de nuestra fe animal a la que, sin embargo, hay que apelar —paradójicamente— para fundar nuestra decisión de respetar esas reglas de juego. A partir de allí, no puede sorprendernos que la propuesta concluya proclamando como panacea infalible la renuncia a elaborar estrategias ambiciosas, el atenernos a la búsqueda de soluciones para cada problema particular en su contexto reducido, y el no interferir con la continuidad de una herencia civilizatoria que habría hecho posibles nuestros logros actuales, por más insuficientes que nos puedan resultar. Como vemos, a pesar del cambio de lenguaje, nos encontramos otra vez atornillados a la misma apuesta clásica: un curso de acumulación que opera “por sobre nuestras cabezas”, capaz de cuidarse por sí mismo, siempre que no lo perturbemos demasiado, y al que sólo podemos colaborar con contri-

buciones parciales, insertadas en ese hilo conductor.

La incapacidad de ese tipo de propuestas para abrir un camino propio que nos conduzca más allá del enclave de la matriz iluminista se origina en su propia “pereza”, en lo limitado de sus ambiciones. En efecto, el proyecto de depurar la racionalidad de sus excesos y desmesuras —reduciéndola a un conjunto de reglas de juego convencionales, de manera que todos podamos participar pacíficamente sin que nadie salga lastimado— termina en lo previsible: dejando intocado el “juego real” donde hay apuestas serias y donde unos ganan y otros pierden, siempre los mismos. Además, el avance epistemológico con respecto al programa iluminista es mínimo: se concluye reinstaurando una instancia privilegiada —nueva base cero—, protegida de los profanos por esas mismas convenciones y acuerdos de los entendidos, a partir de la cual se falla arbitrariamente otorgando títulos de idoneidad y descalificaciones de irracionalidad, afectando estas últimas a todos los intentos de asumir seriamente el “juego de la razón”.

A nuestro juicio el camino de salida de ese recinto pasa por otro lado, y lo vemos insinuado a través de los avances logrados en distintos terrenos. Tanto en las reflexiones filosóficas que se abocan a la revisión sistemática de los compromisos ontológicos y gnoseológicos del programa iluminista como en los desarrollos de las nuevas heurísticas sociales y en las modalidades recientes de protagonismos colectivos, se esbozan los lineamientos de una o más matrices alternativas, orientadas por bases cero más flexibles y más operativas, y, como no podía ser de otra manera, apuntando hacia horizontes metafísicos renovados. En esta oportunidad nos interesa únicamente perfilar los lineamientos de esa nueva heurística, por lo que ni siquiera intentaremos una aproximación a las nuevas base cero y al núcleo metafísico que las respalda. Con esas limitaciones, la propuesta de un cambio de la problemática, de un nuevo abordaje diferente al “clínico”, resultará afectada de un índice alto de arbitrariedad; para contrarrestar ese efecto nos ubicaremos, por lo menos en una primera instancia, en los planos más familiares, apelando a nuestras formas habituales de codificar el tiempo, los cambios, nuestro propio crecimiento como individuos, nuestra actitud ante las crisis personales o colectivas.

Comencemos por preguntarnos cómo se traduce en los distintos “frentes” el dejar sin cobertura la apuesta a la mera acumulación. Lo que está en juego, entre otras cosas, es nada menos que nuestro sentido del tiempo, la ubicación de las metas que orientan nuestros empeños. Para el pensamiento griego, la perspectiva de una acumulación indefinida era equivalente a una deslizamiento hacia el abismo; por lo pronto, les era difícil imaginarla en su realización material, ya que so-

bre la base de una productividad estacionaria, el mero incremento de cualquier variable como la riqueza y el poder sólo podía operar como una redistribución de lo obtenible, y en todo caso requería aumentar proporcionalmente los esfuerzos dedicados, incorporar nuevos contingentes humanos y, por lo tanto, poner en peligro el equilibrio logrado en un contexto social acotado, autocorrectivo. El futuro sólo podía ofrecer la alternativa de la conservación de los equilibrios logrados previamente o su dislocación como resultado de excesos y ambiciones desmedidas de poder y riqueza. En cambio, la FIP, "flecha" el tiempo y le otorga a su transcurso una dirección positiva, toda vez que apuesta, a partir de la renovación tecnológica incesante y el aumento continuo de la productividad, a un incremento indefinido de los recursos materiales disponibles por un núcleo social y, en particular, por cada individuo. Con todo, esa misma concepción del progreso retuvo del pensamiento clásico su confianza en los principios reguladores inmanentes a un curso de actividad humana, sólo que los flexibilizó, los trasladó a la evolución de las sociedades y admitió que operaban rodeados de interferencias. De esa manera completó el abordaje "clínico" ya conocido y nos indujo a preguntarnos, frente a cualquier crisis, dificultad o trastorno, por los factores espurios que allí operaban perversamente.

Por lo tanto, si queremos desplazarnos hacia una matriz alternativa, tenemos que suspender —aunque sea hipotéticamente— nuestras expectativas favorables con respecto a los resultados positivos de la mera acumulación, y a continuación estar dispuestos a una inversión de la problemática, por lo menos en lo que concierne a los cursos de actividad humanos, dejando que los médicos sigan con su abordaje "clínico".

4.2. *El cambio de la problemática*

En vez de preguntarnos por la causa de una frustración, de una carencia, dando por sentado que la respuesta apropiada consiste en localizar el factor responsable, proponemos un abordaje opuesto: vincularemos los cursos de la actividad logrados, articulados y rendidores, a una "estrategia" acertada y en general a factores *positivos*, como la capacidad de explorar y hallar soluciones adecuadas —no preestablecidas ni disponibles para el agente saneado—, la capacidad de manejar recursos variados para enfrentar las dificultades, el empeño y la generosidad vital invertidos, etc. Esto supone un cambio de la base cero y de los modelos explicativos a un nivel elementalísimo. En vez de suponer que un curso de actividad es *tanto más apropiado y tiene más probabilidades de obtener rendimientos exitosos cuanto menos interferido por*

factores perturbadores, conjeturamos que *los rendimientos exitosos son el resultado de orientaciones acertadas* —no necesariamente explícitas—; de la tenacidad y el aporte generoso volcados sobre el mundo.

Lo anterior ya supone un cambio radical de nuestras codificaciones habituales con respecto al tiempo, a los aprendizajes y a los procesos de acumulación. En el programa iluminista sólo podíamos medir los avances en una escala continua, y el único combate que allí se libraba era el de la razón para desembarazarse de sus interferencias y obstáculos; las sucesivas victorias en ese combate aseguraban otros tantos avances a lo largo de esa escala única. En cambio, desde la nueva perspectiva propuesta, los avances sólo puede lograrse mediante la resolución acertada de problemas y desafíos renovados a cada paso, para los cuales no hay soluciones garantizadas de antemano. Además, la acumulación no es lineal: cada vez que un curso de actividad resuelve acertadamente un problema crucial tiene la chance de incorporar un deuteroaprendizaje (Bateson, 1979), de aprender a aprender, de capacitarse para manejar contextos más amplios y variados con instrumentales cada vez más sofisticados y potentes (Piaget, Chomsky et alia, 1983); en esos casos, la función de acumulación da un salto exponencial. Pero, como las soluciones no están garantizadas, y como todas las metodologías de exploración no son equivalentes, la respuesta hallada puede ser inoperante, escapistista o autocomplaciente, puede dar lugar a meras búsquedas erráticas, a fracasos reiterados, a la impotencia para enfrentar desafíos imposterables, a la pérdida de confianza en el futuro, al enervamiento de los empeños, etc. Además, los aprendizajes adquiridos y los recursos acumulados en cierto "frente" (conocimientos, sistema político, niveles y pautas de exigencias éticas, etc.) no son trasladables automáticamente a los restantes "frentes"; en cada uno de ellos hay que atender a las dificultades y exigencias específicas, ejercitar disposiciones diferenciales, etc.

Si todos esos señalamientos son certeros, entonces la hipótesis de una acumulación lineal, a lo largo de una escala única, se vuelve insostenible: la dirección de las trayectorias observadas, y las "normales", la dirección de los cambios y del propio tiempo deben ser situadas y expresadas en planos y coordenadas multidimensionales; los criterios de evaluación no son uniformes, sino que deben atender las especificidades de cada "frente" y están sujetos a revisiones a través de los deuteroaprendizajes.

Ya tenemos esbozado un camino para ensayar el cambio de la problemática; podemos poner a prueba sus rendimientos aplicándolo al análisis de los cursos más heterogéneos, desde la historia de una ciencia particular hasta nuestros procesos de maduración personal. El giro

propuesto implica, entre otras cosas, dejar de considerar las inflexiones críticas como “negativas”, como bloqueos de un proceso de acumulación normal. Por el contrario, tanto en la evolución de las matemáticas, — para poner un ejemplo familiar — como en el desarrollo de la personalidad, las crisis expresan: a) por un lado, la presencia de un umbral, de un desafío, cuya superación — imprescindible para seguir avanzando — es inviable a partir de los recursos disponibles; b) por otro lado, esa misma crisis testimonia el trabajo de acumulación de las fuerzas requeridas para enfrentar el desafío, la revisión del instrumental disponible, la exploración de posibles salidas, la confrontación de estrategias alternativas, etc. Así, por ejemplo, la crisis del programa pitagórico sólo podía ser superada mediante la elaboración de una teoría más afinada y potente del orden numérico, capaz de absorber las anomalías encontradas al afectar las operaciones aritméticas elementales. De manera similar, nuestras crisis de crecimiento, lejos de constituir desviaciones de nuestra evolución normal, son inflexiones decisivas en las que nos despojamos de ciertas “referencias familiares”, de ciertas protecciones y encajes de alcance reducido, y salimos a la intemperie, a enfrentar el desafío de un mundo más amplio y complejo, a explorar en pos de nuevas referencias aplicables a nuevos dominios, a reconquistar la continuidad entre nuestras búsquedas infantiles y las exigencias nuevas de identidad responsable que en ese momento pretendemos asumir, bajo las exigencias de nuestro medio social. El que nuestras respuestas a esos desafíos sean más o menos felices depende, por supuesto, de condiciones “ambientales” y de los modelos que tengamos a mano; en todo caso, dichas respuestas no están prefabricadas, y si lo están no sirven; los precios que estaremos obligados a pagar por asumir ciertas estrategias son aleatorios y, lo que es más decisivo, no podemos trazar idealmente nuestra “trayectoria correcta” de crecimiento, eliminando hipotéticamente las interferencias.

Podríamos seguir acumulando indefinidamente los testimonios que corroboran las ventajas resultantes de ensayar un abordaje que no se orienta a excluir indiscriminadamente al “clínico”, sino más bien a corregir sus limitaciones, a ampliar nuestras posibilidades de hacernos preguntas a propósito de los cursos o trayectorias observadas. Una corroboración particularmente ilustrativa se obtiene dirigiendo la mirada hacia la evolución de las civilizaciones y los niveles correspondientes de organización del pensamiento. A partir de la base cero del programa iluminista, la antropología enfocaba al pensamiento “primitivo” (Levy-Bruhl, L., 1925) como una etapa inmadura, inarticulada, llena de falencias lógicas, como el primer peldaño de una escalera que conducía hacia el “pensamiento racional maduro, civilizado”, ejemplificado por

el propio antropólogo. Abandonando esa perspectiva estrecha, Levy-Strauss dirigió su atención sobre la articulación interna y los logros intrínsecos de ese mismo pensamiento “primitivo”, utilizando los mismos testimonios que había manejado su antecesor inmediato. Los resultados fueron concluyentes: no sólo quedó refutada la caracterización clásica del pensamiento primitivo (Levy-Strauss, Cl. 1962a y 1962b) sino que se puso en evidencia que el pasaje de esa modalidad a la nuestra no podía ser descrito por una trayectoria ascendente de los menos a lo más racional; y que, en cambio, ese pasaje implicaba una modificación cualitativa de las “estrategias” de codificación del mundo, modificación para la cual no estaban trazadas las pistas de antemano, ni asegurado el éxito de la empresa.

4.3 *Hacia una nueva heurística positiva*

En el párrafo anterior ya hemos dejado entrever cómo podría ser corregida y ampliada la heurística iluminista. Podemos avanzar otro paso, dando un alcance más general a los lineamientos ya adelantados, formulando el criterio metodológico siguiente: en una primera aproximación, se trata de procesar una reconstrucción “interna” de los cursos de actividad humana, dejando el menor espacio posible para su “historia externa”, es decir, para el inventario de los obstáculos e interferencias, que constituían el eje privilegiado de la heurística iluminista. Adoptar ese criterio metodológico implica suponer que esos cursos de actividad se articulan como aprendizajes y tienen, a su vez, su “propia heurística interna”. Incluso cuando enfrentamos a procesos de desintegración más o menos irreversibles — y por más desacerados y erráticos que resulten sus intentos de resolver los desafíos a que están expuestos — no estamos exonerados del trabajo de reconstrucción interna de las trayectorias observadas, es decir, no lo podemos despachar con el expediente cómodo de roturarlos como cursos “anormales” o “patológicos”. Aun en ese caso extremo sus respuestas y sus exploraciones no son indiscriminadas; su aleatoriedad está acotada dentro de ciertos parámetros; se desarrollan dentro de los márgenes — reducidos — de ciertas codificaciones y orientaciones estratégicas — rígidas — que se mantienen como el último baluarte confiable de sus apegos vitales.

Lo anterior confirma la pobreza del abordaje “clínico”, la necesidad de corregirlo y ampliarlo en sus dos extremos. Frente a los cursos logrados, en vez de “trivializarlos” como trayectorias normales, exigimos dar cuenta discriminada de ellos, en función de *factores positi-*

vos. Frente a los cursos malogrados, en vez de contentarnos con localizar las desviaciones y dilucidar su etiología —es decir, identificar las interferencias— proponemos, además, reconstruir la “heurística positiva” que articula internamente las trayectorias observadas.

Con todo, podría decirse que en este último punto hemos sido injustos con el abordaje clínico, limitando arbitrariamente su potencial. Más aún, enfrentados a los cursos malogrados, dicho abordaje clínico parece llevarnos ciertas ventajas, ser más potente y decidido que el aspirante a reemplazarlo. Fuimos injustos: no está inevitablemente limitado a un simple diagnóstico; nada le impide ampliarlo y precisarlo, siguiendo la cadena causal y dar cuenta de todos los efectos perturbadores de la interferencia, reproducir con fidelidad el cuadro entero de trastornos. En cambio, nuestra propuesta resulta algo ambigua; no ofrece pistas claras cuando se enfrenta a esos mismos trastornos y debe dar cuenta de las diferencias entre un tipo de cursos y los otros. Vale la pena, pues, replantearse todo el problema.

¿Cómo abordamos —teórica y prácticamente— los fracasos, los cursos estancados o desarticulados? El abordaje “clínico” concentra su atención en esos casos, suponiendo que los cursos exitosos no requerían explicación. Nosotros hemos invertido la situación: lo que debe ser explicado es el curso logrado, mientras que el curso frustrado es una secuencia previsible, “normal” en cierto sentido y hasta cierto punto. ¿Podemos contentarnos con esa respuesta? ¿No quedaremos inermes frente a nuestros males, tanto para dar cuenta cabal de ellos, como para intentar corregirlos? Intentaremos contestar a esta preocupación a través de formulaciones escalonadas en cinco niveles distintos de complejidad.

i — el fracaso aislado

En principio, podemos despreocuparnos de dar cuenta de un fracaso *aislado*; no estamos obligados a explicarlo como resultado de la acción de factores *positivos*. Desde el momento en que no damos por asegurados ni las soluciones ni las disposiciones y empeños para buscarlas —la tenacidad en la búsqueda es una secuela “natural” de los logros anteriores, así como la resignación es una secuela “natural” de los fracasos previos— no corresponde que nos obsesionemos por la etiología de un *fracaso particular*.

ii - el curso de acción sistemáticamente malogrado por ausencia de una heurística interna

El panorama se complica cuando se trata de cursos sistemáticamente malogrados, y en los que los involucrados por esos resultados negativos son conscientes de la situación desfavorable y pugnan por modificarla. En primer lugar, aplicamos el mismo criterio que en el caso anterior, pero a un nivel superior, al nivel de deuteroprendizajes: nada garantiza que las estrategias y metodologías que allí se aplican para diagnosticar los problemas y para abordarlos, para explorar las soluciones alternativas y evaluar sus rendimientos, sean correctas. Más específicamente, el que un proceso de acumulación repose sobre polos genuinos, endógenos, esté articulado por una “heurística interna” consistente, capaz de asimilar cambios sin perder su hilo conductor propio; y que, en cambio, otro proceso *no tenga esas notas positivas*, opere en base a estrategias desacertadas o erráticas (6), es algo previsible, trivial, que no demanda explicación. En todo caso, lo que interesa es reconstruir y contrastar esas trayectorias divergentes, otorgando un peso decisivo a la articulación interna de cada una de ellas. Por supuesto, las cosas se complican más aún cuando tenemos en cuenta que los cursos de actividad humana no se despliegan ni se definen aisladamente sino a través de un espacio compartido de interacciones mutuas, confrontaciones y desafíos, pero ese aspecto lo podemos contemplar ampliando la unidad de análisis de modo que abarque a todos los cursos que comparten ese espacio.

iii - el fracaso por incapacidad de incorporar factores “externos”

Agotada la capacidad heurística de los procedimientos previos, tenemos que hacer un lugar a las interferencias y dificultades extrínsecas, es decir, a la gravitación negativa de ciertos condicionamientos que afectan los cursos malogrados, no sólo obstaculizando sus empeños sino también reduciendo su capacidad de elaborar estrategias autónomas y procesar acumulaciones endógenas. Para que esa inclusión sea consistente con nuestra heurística ampliada y corregida, y no una mera acomodación *ad hoc* a los resultados observados, el lugar para esa gravitación negativa debe estar preparado de antemano en el modelo explicativo, de manera tal que esos condicionamientos

(6) Aquí “erráticas” no se aplica, como en el nivel anterior, a las respuestas, sino a las pautas de respuestas, es decir, a las estrategias.

no se conviertan en el "deus ex machina", que interviene en la escena imponiendo una legalidad externa al conflicto planteado y a sus protagonistas; ni que su modo de operar, al margen de si proviene del interior o del exterior de la unidad de análisis, se reduzca meramente a distorsionar los impulsos acumulativos genuinos o a impedir que motoricen todo el proceso hacia soluciones "correctas". La heurística ampliada y corregida exige que la acción de esos condicionamientos "malogradores" —relaciones de dependencia, modalidades de dominación social, mensajes dislocadores de los códigos culturales, etc.— se despliegue en el espacio predibujado por las estrategias desacertadas o erráticas, es decir, por la precariedad e inarticulación de los procesos acumulativos internos, la carencia de ejes o polos endógenos que organicen y den continuidad a los esfuerzos, o por la incapacidad para defender los ya existentes de las fluctuaciones y las búsquedas de ventajas puntuales, para alinear en su favor los recursos y disciplinas provenientes tanto de las matrices de socialización y aprendizajes como de las redes de identidades y lealtades disponibles.

A este tercer nivel, pues, dejando por ahora sin resolver una serie de problemas sobre los cuales tendremos que volver, el desafío teórico y práctico que representan los cursos malogrados obtiene una doble respuesta: en primer lugar, se propone un "aflojamiento" de los vínculos causales directos entre la gravitación de ciertos condicionamientos positivos, por un lado, y por otro, el carácter "negativo" de las trayectorias observadas; en segundo lugar, se intenta dar cuenta de la mayor cantidad posible de los efectos dislocadores de esos condicionamientos, insistiendo en la circunstancia de que los mismos operan en un medio desprovisto de resistencias suficientes, o de exigencias sistemáticas de asimilación. La responsabilidad central del carácter malogrado de esos cursos no reside tanto en la *gravitación positivamente dislocadora* de esos condicionamientos sino en la impotencia de las matrices de asimilación que los reciben, en su incapacidad de someterlos a sus propias exigencias y condiciones endógenas de ejercicio. Por último, el acierto del diagnóstico "clínico" en cuanto al efecto deteriorador permanente, sistemático, de los condicionamientos perturbadores, puede ser absorbido por nuestra heurística, incorporándole los metaprendizajes de distinto nivel que se procesan a partir de esa misma impotencia de la función de asimilación.

iv. el fracaso sistemático como second-best: la selección racional de estrategias

A partir del nivel anterior podemos dar un paso más, haciendo jugar en forma específica la dimensión evaluadora-legitimadora ya incluida, aunque en forma tangencial, en la última referencia. Si la situación de un núcleo social puede ser caracterizada por: a) estar inmerso en un curso que frustra sistemáticamente sus necesidades más urgentes, sus aspiraciones y posibilidades genuinas; b) estar inequívocamente advertido de sus carencias y frustraciones; y c) a pesar de a) y b), no asumir franca y mayoritariamente los protagonismos conducentes —sin importar el grado de acierto— a las transformaciones idóneas para modificar esa situación, entonces *no estamos obligados a concluir* ($a + b + c = d$) que: d) en ese mismo núcleo social predominan quienes aceptan esa situación y la legitiman o, lo que sería más grave aún, quienes están "condicionados culturalmente" para temer y rechazar esas modificaciones. El abstenernos de extraer esa conclusión equivale a descartar, en primera instancia por lo menos, el recurso cómodo al cinturón protector: las teorías de la enajenación, de la falsa conciencia, de las ideologías ocultadoras/distorsionadoras, del fetichismo de las mercancías, del impacto de la industria cultural, etc.

Con todo, en el contexto de la heurística propuesta, se trata de algo más que una abstención provisoria, una mera cautela o una prescripción negativa. Es la otra cara de la recomendación positiva de agotar todas las posibilidades de reconstrucción interna de cada curso en términos de una secuencia de aprendizaje racional, antes de recurrir a la historia externa. (Lakatos, 1977a). Sólo una vez agotadas esas posibilidades y quedándonos un residuo irracional, no reconstruible por ninguna secuencia imaginable de aprendizaje, podemos apelar a la historia externa, procurando que ella esté avalada por un programa historiográfico "progresivo". Pero incluso en esa etapa —y más allá de Lakatos— la historia externa no puede ser introducida en un medio interno neutro, indiferenciado, sino en el contexto de los desafíos, recursos disponibles, estrategias y metodologías confiables, etc. Como ya sabemos, los condicionamientos externos operan en un espacio predibujado por las dificultades intrínsecas, específicas del propio curso afectado. Ubicándonos ahora en una unidad de análisis más abarcadora que incorpore ambas historias, interna y externa, y a un nivel de articulación metaestratégico, es decir, que atienda a la selección entre estrategias, intentaremos dar cuenta de ese residuo como una opción regida por el principio del "second best", es decir, la convalidación provisoria de una solución viable, a pesar de la advertencia de sus

deficiencias. Si luego de practicada esta nueva reconstrucción todavía queda un residuo, se intenta ampliar el campo abarcado por ambos tipos de historia y así sucesivamente. Como vemos este procedimiento heurístico legítima una especie de vaivén continuo, pero riguroso, entre historia externa e interna y postula la disminución creciente del residuo irracional como consecuencia de su aplicación reiterada.

La formulación anterior equivale a *postular* que nuestra versión ampliada y corregida de la heurística es capaz de reducir progresivamente los residuos de irracionalidad en las creencias y codificaciones manejadas por cualquier núcleo humano, de tal modo que la función que expresa ese residuo tiende al límite cero cuando su variable (los procedimientos heurísticos) tienden al infinito. Ese *postulado* contribuye decisivamente a perfilar el núcleo firme y el horizonte metafísico del programa sucedáneo del iluminista. La FIP, es decir, el núcleo firme del programa cuestionado postulaba una bifurcación maniquea del mundo, una pugna constante entre dos principios: la verdad y el engaño, la acumulación racional progresiva y sus interferencias, etc. En cambio, el nuevo núcleo firme explica el arraigo —y también la “peligrosidad”— de las “desviaciones” en función de las dificultades intrínsecas de “conjugar” el principio positivo, la razón, en cada contexto específico, tanto para aclarar y dar continuidad a sus búsquedas como para elaborar las soluciones adecuadas a cada desafío.

El perfilamiento de ese nuevo núcleo firme tiene múltiples implicaciones, algunas de las cuales desbordan la dimensión metodológica y tienen un alcance metafísico. Entre estas últimas vale la pena destacar la significación de esa apuesta al rescate integral de todas las empresas de la razón, pasadas, presentes y futuras, incluyendo a las más elementales y desacertadas. Esta inflexión es decisiva por cuanto nos evita caer en la mera aceptación de un devenir que opera en virtud de su propia necesidad y frente al cual no cabe sino plegarnos a su resultante definitivamente trazada; asimismo nos evita deslizarnos hacia la estrategia oportunista de ir cambiando nuestras apuestas en forma *ad hoc* de acuerdo al veredicto puntual de los rendimientos. Este último riesgo se neutraliza desde el momento en que la exigencia de rescate integral reubica la evaluación misma de los rendimientos obtenidos por cada estrategia. Y lo hace midiendo también esos rendimientos y esas estrategias en función de su capacidad de ampliar nuestra comprensión de las búsquedas anteriores y de convalidar nuestros avances actuales asegurando su continuidad con la matriz común a todas las empresas de la razón. Dicho de otra manera: *el tiempo no queda flechado solamente hacia el futuro*; las acumulaciones actuales son genuinas en cuanto nos proporcionan un acceso más expedito a nuestro

pasado, alargando el sistema de traducciones mutuas entre diferentes contextos de aprendizaje, aclarando y profundizando nuestras lealtades y apegos últimos, confirmando nuestra filiación de continuidad con la evolución entera de la razón, con las pautas más elementales de organización de la materia y de la vida.

Para el programa iluminista, las resistencias al cambio, las aparentes “cristalizaciones” de las identificaciones sociales y las creencias compartidas por un núcleo humano, constituyen el síntoma inequívoco de su inercia, de su incapacidad de ajustarse a las exigencias de la acumulación racional, progresiva, a las innovaciones y cambios que de ella fluyen: en otras palabras, tales resistencias son desviaciones de la trayectoria normal y deben ser explicadas por interferencias. Tal interpretación de los procedimientos inmunizatorios es, quizás, el desacierto central del programa iluminista. Reconocer la presencia de esos “cinturones protectores” no equivale a denunciarlos como enemigos del progreso de la razón, como meras interferencias a superar, olvidando que el desarrollo de los conocimientos científicos es la mejor ilustración de esos mismos procedimientos inmunizatorios. La epistemología y la biología han llegado a coincidir, por distintas vías, en la revalorización de esas “resistencias”, reinterpretándolas como estrategias racionales de asimilación-acomodación frente a los desafíos y cambios. Tanto los organismos individuales como las especies en su curso evolutivo, enfrentados a un cambio-desajuste, ensayan en primer término acomodaciones superficiales, modificando solamente aquellas pautas de funcionamiento orgánico o de conducta que operan a un nivel “local”: es decir, procuran responder al desafío mediante una estrategia de reducción del conflicto, de manera de no afectar sus pautas de nivel jerárquico superior, que operan a un nivel central y como metapautas. Tal estrategia no sólo evita cursos erráticos en las acomodaciones sino que asegura, además, la continuidad profunda de las matrices de asimilación de cambios. Algo muy similar ocurre en el desarrollo del conocimiento científico, a distintos niveles. Como dice Quine (Quine, W.V.O., 1962, p. 77): “*Un conflicto con la experiencia en la periferia da lugar a reajustes en el interior del campo* (de la ciencia): *hay que redistribuir los valores veritativos entre algunos de nuestros enunciados*”. Pero, como no sabemos de antemano “dónde está la falla”, cuáles enunciados deben ser revisados, un principio elemental de economía —y racionalidad— nos aconseja modificar los enunciados de nivel superficial, aquellos que están menos protegidos de refutaciones, antes de revisar los principios sobre los que se cimenta todo el edificio de nuestros conocimientos. Si alguna ventaja comparativa tiene nuestra propuesta heurística, una de ellas resulta de la

desautorización de las interpretaciones iluministas de las "resistencias" como irracionales y de sus explicaciones reduccionistas a partir de condicionamientos perturbadores.

Un ejemplo extraído de la historia de la física nos sirve para ilustrar el punto. Cuando los astrónomos newtonianos encontraron un núcleo resistente de anomalías que su programa no podía absorber, intentaron una y otra vez, fracasando siempre, dar cuenta de ellas mediante hipótesis auxiliares que contemplaban la existencia de planetas o cúmulos de materia inobservables con los instrumentos existentes. Si consideramos —legítimamente— que no había nada de irracionalidad en sus estrategias de inmunización del programa que guiaba sus investigaciones, ¿qué es lo que nos autoriza a aplicar un criterio distinto cuando se trata de pueblos que parecen aferrarse a un orden social, a pesar de estar advertidos de sus deficiencias? Desde la perspectiva que abre nuestra heurística, ambos casos pueden ser reconstruidos como ejemplificaciones de un principio racional de selección de estrategias: mientras no se dispone de una estrategia alternativa, tan confiable y rendidora o más que la anterior, las anomalías y los fracasos pueden ser absorbidos como defectos provisionales, superables; en cambio, cuando sí se dispone de soluciones mejoradas, que permiten dar cuenta tanto de los éxitos como de los fracasos anteriores y ampliar los rendimientos obtenidos, entonces el aferrarse al programa superado constituye un residuo, por lo menos en la primera aproximación.

v. de la heurística a la terapéutica

Los cursos malogrados plantean un desafío que no puede ser respondido solamente a través del diagnóstico de su etiología: estamos, a la vez, convocados a asumir su corrección, su terapéutica. Más precisamente, una de las instancias de validación de una propuesta heurística reside en su capacidad de servir de base a una terapéutica eficaz. A su vez, el conjunto integrado heurística-terapéutica tiene un tercer socio inseparable: los criterios de evaluación. Estos últimos generalizan y tratan de legitimar las operaciones demarcatorias y la pertinencia de las categorías utilizadas en los procedimientos del binomio asociado; por último, estos procedimientos constituyen un banco de pruebas de los criterios de evaluación.

Ya sabemos que la terapéutica iluminista, consistente en erradicar los factores responsables de las desviaciones, es insuficiente: la mera eliminación de las interferencias no garantiza que el curso, una vez desembarazado, se oriente acertadamente, aun cuando esa liberación

de ciertos lastres constituya, por sí misma, un alivio, una mejora ocasional. ¿Qué posibilidades nos abren los desarrollos anteriores para complementar y enriquecer esa terapéutica iluminista? Si nos atenemos a la prescripción heurística de rescatar íntegramente todas las empresas de la razón, ¿no estaremos inhibidos para abordar la corrección de esas mismas empresas, la reorientación de sus estrategias?

Comencemos por lo más elemental. La terapéutica iluminista es fundamentalmente "negativa"; opera análogamente al cirujano cuando extirpa tumores. Sería descabellado renunciar en forma genérica a ese recurso. Aun reconociendo que los cursos de actividad humana se diferencian de los organismos en la medida en que no poseen como éstos últimos un sistema autocontenido de regulaciones y que, por lo tanto, no alcanza con desembarazarlos de sus factores perturbadores, y aun cuando sabemos que los desequilibrios sociales nunca pueden ser imputados exclusivamente a factores localizados; a pesar de todas esas consideraciones no podemos abstenernos de adoptar medidas defensivas —"negativas"— pertinentes para neutralizar los focos directos de perturbación —por ejemplo, el régimen hitlerista, las conductas delictivas, etc.

Por ahora, la única diferencia que hemos introducido reside en el "núcleo firme" que preside los diagnósticos y el planteo de la problemática. Mientras el diagnóstico iluminista "trivializa" los cursos logrados, nosotros "trivializamos" los cursos malogrados. Esta inversión no deja de ser chocante para nuestros hábitos mentales; pero dejando eso de lado, ¿qué beneficios nos trae?

La respuesta que dio H. Arendt a la pregunta por "los orígenes del totalitarismo" aparece a primera vista —y así fue calificada por muchos autores— como una tautología. Dicha respuesta ubica como antecedentes de los procesos totalitarios a la ausencia de virtudes cívicas ejercitadas e interiorizadas, la carencia de espacios públicos y marcos de referencia apelables para que los hombres puedan actuar y opinar libremente, confrontar sus pretensiones, reconocer sus diferencias, etc. La tautología desaparece desde el momento en que desplazamos la base cero de su lugar habitual: si los hombres no logran construir las instancias y los procedimientos idóneos para procesar garantizadamente sus conflictos, uno de los desenlaces posibles de esos mismos conflictos y de los temores y tensiones que ellos generan pasa por la regresión a formas primitivas de recomponer la unidad social y de ejercer el poder en nombre de ella. En todo caso, y por más inoperante que nos resulte esta primera respuesta, convendría insistir en el inventario de las carencias; los regímenes totalitarios europeos, me refiero al fascismo y al nazismo en particular, para reclutar sus adherentes tuvieron

a su favor el vacío dejado por las estrategias desacertadas de los otros movimientos políticos; incluso los movimientos obreros, quienes les entregaron todo el espacio de las interpelaciones populares y nacionales —e incluso democráticas, en el sentido primario de reivindicaciones confusamente antioligárquicas—, tal como lo han demostrado ciertos autores marxistas (Ver Laclau, E. 1981).

Más allá de las extirpaciones ineludibles, nuestra terapéutica procura neutralizar los efectos dislocadores, apostando a medidas "positivas": consolidar los polos endógenos de acumulación genuina, corregir y flexibilizar las estrategias utilizadas para responder a los distintos desafíos, ajustar los cambios e innovaciones a las exigencias de asimilación inherentes a las matrices de socialización y aprendizajes, etc. En todos estos aspectos tenemos muchas lecciones que extraer de los avances recientes de la biología, así como de las investigaciones de Piaget sobre la ecuación asimilación-acomodación. Un curso tiene más chance de realizar acumulaciones consistentes si realiza sus ajustes a los desafíos que enfrenta, sobre la base de sus propias "heurísticas positivas", en vez de plegarse a cualquier ventaja puntual mediante acomodaciones oportunistas o erráticas.

5. COROLARIOS Y APLICACIONES ELEMENTALES DE LA HEURISTICA ALTERNATIVA

Hemos inventariado algunos costos y desventajas que debemos soportar toda vez que utilizamos el núcleo firme del programa iluminista como base cero, como referencia para analizar, explicar y evaluar los cursos de actividad; luego hemos intentado mostrar las posibilidades que se abren y los beneficios que se obtienen una vez que desautorizamos el postulado contrafáctico de la acumulación autocontenida. Si queremos ilustrar esas posibilidades con algunas aplicaciones elementales, es preciso que esa desautorización del postulado se extienda a sus corolarios más directos, entre los cuales mencionamos los siguientes CI (corolarios iluministas):

CI/1 - En cualquier curso de actividad humana organizada es posible localizar impulsos acumulativos intrínsecos, así como sus correspondientes sistemas de autocorrección que permiten, en condiciones favorables, orientar esos impulsos en una dirección unívocamente progresiva, y todo ello con independencia del grado

de acierto y consistencia de las estrategias diferenciales que cada curso ejercita y convalida.

CI/2 - La motorización de esos impulsos, así como la configuración de los sistemas autocorrectivos intrínsecos, responde a una instancia central unificada; todos los problemas se reducen a liberar a los procesos acumulativos de las interferencias que enervan sus impulsos y distorsionan los mecanismos de autorregulación, con lo que se asegura la trayectoria unívocamente ascendente del curso afectado.

CI/3 - En cada instancia en que se debaten inflexiones progresivas y retardatarias, los núcleos sociales quedan polarizados por esa confrontación, la que se refleja en un alineamiento de los grupos al interior de esos núcleos, convertidos unos en portadores autorizados de las inflexiones progresivas y otros en representantes de las inflexiones retardatarias.

Si desautorizamos esos corolarios del programa iluminista, podemos construir la serie de formulaciones correspondientes como corolarios alternativos (CA):

CA/1 - La posibilidad de apelar con rendimientos exitosos a los impulsos de superación existentes en los cursos de actividad, no está garantizada de antemano. En todo caso, esa posibilidad constituye una exigencia "procesal" en nuestro trato con cualquier agente humano individual o colectivo; en ese carácter, dicha posibilidad está presupuesta en todos nuestros modelos analíticos y explicativos, pero eso no asegura que las interpelaciones encuentren eco, ni que todos los abordajes sean igualmente adecuados. Asumir esas exigencias procesales equivale a ubicar cualquier desempeño humano observable en un espacio ideal que permite reconstruirlo como una empresa de la razón y que, a la vez, lo refiere a las premisas que convalidan cualquier interacción confiable entre agentes. Por un lado, ese marco de referencia estaría presupuesto en los procesos de construcción de identidades de los agentes, aun en aquellos casos en que esos procesos se malogran y apuntan a direcciones reñidas con esas premisas; esa presencia originaria y constituyente es lo que nos permite apostar al rescate integral de cualquier curso de actividad humana como empresa de la razón. Por otro lado, ese mismo marco de referencia nos sirve de hilo conductor para elaborar hipótesis sucesivas acerca de las condiciones materiales e institucionales, así como de las regulaciones de los estatutos de los agentes, que garantizan la reproducción ampliada de esas mismas premisas.

CA/2 - Como consecuencia de lo anterior, no se pueden considerar como garantizados ni los impulsos de acumulación ni la adecuación de las regulaciones disponibles. En todo caso, los éxitos parciales obtenidos al detectar e interpelar esos impulsos, son atribuibles al acierto de las hipótesis interpretativas y de los abordajes que se manejen.

CA/3 - Los aciertos y las estrategias rendidoras desarrolladas en cierto nivel de problemas, generan ganancias en términos de deuteroprendizajes, trasladables a otros niveles, pero no exoneran del trabajo específico de encontrar respuestas adecuadas a los desafíos propios de cada nivel. Por el contrario, cada uno de los niveles de problemas pone en juego empeños, disposiciones e intereses diferentes, e incluso producen clivajes diferenciales del mapa social. No hay ningún alineamiento privilegiado de los agentes o instancias sociales al que puedan reducirse todos los demás, ninguna instancia última portadora autorizada de todas las inflexiones progresivas, fuente "saneada" de las respuestas correctas. El procesamiento de los distintos géneros de problemas se apoya en disposiciones ejercitadas en su propio contexto funcional y requiere combinaciones variadas de las "representatividades" societarias involucradas en dichos contextos. (Williams, R. 1984).

5.1. *En torno a nuestra inserción dependiente*

La desautorización de la heurística iluminista como "miope" y "perezosa" — toda vez que se dispensa del trabajo de reconstrucción de los procesos de aprendizaje específicos y a distintos niveles— obliga a ir más allá de la identificación de los factores perturbadores y del inventario de sus efectos "perversos". Eso no implica desconocer los condicionamientos externos que operan sobre cualquier curso; se trata, más bien, de seleccionar nuestras unidades de análisis de modo tal de ir eliminando progresivamente la barrera que separa las "historias externas" de las "historias internas". A un nivel más aplicado, y situándonos dentro de un contexto seleccionado como unidad de análisis, nuestra propuesta implica un cambio del eje principal de los modelos explicativos; se intenta dar cuenta de la gravitación de los factores "externos" a partir del espacio configurado por los distintos niveles de aprendizaje y acumulación, el grado de acierto y consistencia de sus estrategias, los problemas enfrentados o postergados, etc.

Siguiendo esas indicaciones, la trayectoria de nuestra inserción dependiente debe ser reconstruida concediendo un énfasis privilegiado a factores tales como: la ausencia de polos de acumulación endó-

gena que vertebren crecimientos en profundidad (Fajnzylber, F. 1983); la precariedad de los humus sociales y la fragilidad de los nucleamientos; la ausencia de resistencias eficaces a los efectos desarticuladores provenientes de la expansión de los centros del capitalismo mundial hacia la periferia; la impuntualidad de los grupos dirigentes locales — empresarios y políticos— en concurrir a la cita que los convocaba a propulsar estrategias de acumulación dotadas de su propia heurística; la resignación de esos mismos grupos dirigentes a actuar como meros transmisores de directivas elaboradas en los centros del capitalismo mundial, como promotores de los ajustes internos necesarios para implementar esas directivas y como "negociadores" de nuestra inserción dependiente; la desconexión entre los conflictos sociales más agudos y los mecanismos centrales de acumulación capitalista dependiente, etc.

Los pueblos latinoamericanos han sido victimados por formas de capitalismo "salvaje" que no encontraron a su paso las resistencias orgánicas, las defensas suficientemente sólidas y arraigadas como para obligarlo, tal como aconteció en otros escenarios, a controlar sus peores efectos dislocadores: operó en un "vacío relativo", sobre un humus social precario y aluvional, sobre las poblaciones descendientes de las culturas desquiciadas por la violencia de la conquista colonizadora. Ese capitalismo salvaje —al igual que cualquier otro crecimiento indiscriminado y orientado por las ventajas puntuales, sea o no capitalista— es esencialmente "parasitario" (Habermas, J. 1974), es decir, se alimenta de premisas sociales y culturales que no puede reproducir. Si sus efectos devastadores sobre los recursos naturales y humanos no son controlados, su propio impulso acumulativo lo lleva a destruir el organismo al cual parasita, o a dejarlo exhausto, abandonándolo luego para buscar nuevas localizaciones.

Para nuestro infortunio, los intentos locales de evitar la apertura indiscriminada a ese capitalismo salvaje fueron derrotados en su origen, a poco de haberse completado la emancipación del régimen colonial. Esa derrota inicial fue decisiva para marcar nuestra trayectoria diferencial. Mientras las colonias anglosajonas del norte del continente, precisamente porque tuvieron que enfrentarse a la vez con el poder colonial y con la metrópolis que propagaba por el mundo capitalismo salvaje, defendieron y apostaron a sus polos endógenos de acumulación, nosotros, los pueblos del sur del continente, no logramos imponer condiciones y controles a las corrientes comerciales y financieras, luego tecnológicas y culturales, que provenían de esa misma metrópolis y luego de los otros centros que se le fueron sumando.

Es verdad que la acción expansiva de esos centros y sus efectos

internos despertaron protestas cada vez más tenaces y lúcidas; lo cierto, con todo, es que fueron, hasta ahora, impotentes. Siempre es posible explicar esa impotencia por un balance de las fuerzas en pugna, confirmando así que nuestra derrota era inevitable, no importa qué y cómo actuáramos. Por nuestra parte, nos parece más rendidor buscar nuestras propias responsabilidades, señalar el carácter inarticulado de las resistencias que opusimos, la ausencia de una heurística positiva que las vertebrara. Aquí podemos retomar la afirmación de Marx, ya citada, extraída de su correspondencia con Engels, y corregir su conclusión final: todas esas resistencias y protestas fueron ineficaces, no tanto porque el sistema a que se oponían no ha llegado todavía a una crisis definitiva sino más bien porque se han limitado a acumular las "anomalías" de ese sistema, sus fracasos, y eso no constituye un desafío suficiente: tal como sucede con los programas de investigación científica, los sistemas sociales sólo son efectivamente desafiados mediante su confrontación con alternativas confiables, con rendimientos comparativos mejores. Podemos seguir utilizando la analogía con la confrontación entre programas de investigación científica para especificar las condiciones en que una confrontación llega a desafiar a un programa vigente: éste es desautorizado en sus pretensiones cuando sus rivales logran ocupar su propia base de sustentación, sus corroboraciones y éxitos más notorios, y disputarle su dominio exclusivo. Dichos programas rivales se convierten en alternativas preferibles cuando pueden extender esa base de sustentación y lograr éxitos allí donde el otro fracasaba. En el caso de la confrontación entre convocatorias políticas, la dilucidación pasa a ser algo más que un fallo ocasional, cuando una propuesta logra convocar en su apoyo recursos societarios allí donde su rival obtenía pobres rendimientos. Hasta hora no hemos introducido ningún elemento que dé lugar a descuentos insuperables. Las dificultades empiezan a insinuarse cuando se trata de dar cuenta de la configuración del escenario político, y en particular de cómo éste resulta polarizado por la reproducción interna —demasiado "fiel"— de las confrontaciones mundiales. No se trata solamente de explicar la función de los ejércitos latinoamericanos como destacamentos de retaguardia en el marco de esa misma confrontación, sino de una configuración más abarcadora de los protagonismos y conflictos políticos, dentro de la cual esa función asumida por los ejércitos locales no resulta tan sorprendente y a partir de la cual se deriva un conjunto importante de bloqueos y empates.

A nuestro entender, conviene explorar la conjetura según la cual nuestros escenarios políticos resultan perfilados decisivamente por los mensajes que reciben de la sociedad civil, mejor dicho por la combina-

ción de ausencia y erraticidad de esos mensajes, por la escasa capacidad de los distintos niveles y nucleamientos sociales de procesar impulsos sostenidos y articulados de acumulación. En vez de cargar el acento en el falseamiento político de la voluntad de los pueblos, proponemos la hipótesis de un sistema político que no recibe más que demandas corporativas y distribucionistas, de tal manera que las convocatorias ideológicas no van mucho más allá de una agregación de esas demandas. En un escenario así configurado, los conflictos centrales se polarizan excesivamente alrededor de las alianzas sociales que respaldan a los actores políticos; cada actor político se ubica a sí mismo a partir de un eje de corte de la sociedad que opone —y agrega en cada uno de los campos separados por ese eje— intereses sociales genuinos contra espurios. Dada esa configuración de los alineamientos, no resulta sorprendente que el sistema político entero genere una multiplicidad de bloqueos y empates, que sea incapaz de procesar y dilucidar sus confrontaciones. Cada uno de los actores se convierte en un aspirante frustrado a partido único, es decir, a representante saneado de los intereses sociales genuinos; su autoridad no descansa en su desempeño en el escenario propio donde debe actuar sino en su identidad "preconstituida", legitimada por esa invocación directa a la "voluntad profunda del pueblo", y por lo tanto sustraída a los procesos de reconstrucción de identidades que están asociados a cualquier confrontación asumida en sus verdaderos términos.

Uno de los ejes de alineamientos más reiterados y previsibles —dada nuestra inserción dependiente— es el que divide el campo de las conductas y lealtades políticas según su disposición a la ruptura y rechazo de esa inserción dependiente, con todas sus implicaciones al nivel de los alineamientos mundiales; planteadas así las cosas, no puede sorprender que los actores políticos se vean envueltos en una trama de apoyos y complicidades que los articulan "objetivamente" a las estrategias de los centros mundiales de poder. Paradojalmente, este escenario viene a corroborar parcialmente el diagnóstico implícito en la Doctrina de la Seguridad Nacional, según el cual esos alineamientos políticos forman parte del sistema de frentes de combate en los que se dilucida la contienda planetaria, sin dejar lugar más que para la alternativa de amigo-enemigo. Resulta fácil denunciar los "intereses y seguridades" extranacionales que se esconden detrás de esa Doctrina de la Seguridad Nacional. Fácil, pero no demasiado relevante, toda vez que ningún actor político está ajeno a esa dilucidación ni deja de jugar sus propias apuestas a ella, incluso cuando trata de modificar su procesamiento y abrir espacios neutralizados. Tampoco ganamos mucho al identificar los intereses locales que se conjugan para convocar a los

ejércitos latinoamericanos a desempeñar ese papel de gendarmes del capitalismo y de represores de los movimientos populares más organizados. Si el escenario está polarizado casi exclusivamente por los alineamientos incondicionales y rígidos en torno a actores políticos preconstituidos, y si la alternativa resulta planteada de tal manera que las opciones disponibles involucran la sustitución de alianzas y vínculos extranacionales por otras, entonces no puede sorprender que detrás de los grupos locales con intereses materiales en la reproducción de las alianzas existentes se ubiquen también amplios sectores sociales, incluso aquellos más perjudicados por el ordenamiento vigente.

Desde nuestra perspectiva, el problema central es la propia configuración de esos alineamientos, y en particular lo que allí falta, es decir, los diversos contenidos que podrían otorgar a los conflictos sociales y políticos su efectiva autonomía con respecto a ese sistema de alianzas rígidas. Si nuestros alineamientos políticos convocan a los espíritus de la guerra y dejan escaso margen para procesamientos independientes, la responsabilidad principal recae sobre nuestra cultura política, sobre su incapacidad para otorgarles otras configuraciones. En forma más sucinta y parafraseando a un texto de Oscar Terán: cada actor político tiene el contragonista —o los contragonistas— que se merece.

5.2. *Más allá de la política iluminista*

Con todo, las discrepancias en torno al diagnóstico de nuestros males no son imposibles de zanjar: el deslinde de responsabilidades siempre deja abierta la posibilidad de reducir esas discrepancias a cuestiones de acentos. En cambio, no sucede lo mismo cuando nos trasladamos al terreno de las prácticas políticas, a la modalidad de sus convocatorias y al análisis de su eficacia movilizadora. Si, como consecuencia del cambio de problemática, nos atrevemos a poner en cuestión los presupuestos de las interpelaciones políticas más frecuentadas, entonces las resistencias se multiplicarán y los desacuerdos se harán tanto más tenaces. Es lógico que sea así, toda vez que dichos presupuestos sirven de base para confeccionar el cinturón protector inmunizador de las expectativas más movilizadoras, por lo menos en lo inmediato, y por lo tanto consolidan la capacidad de gravitación de los actores políticos que las emplean. En ciertos casos el precio que llega a pagarse por esa sobreprotección es altísimo: los actores políticos se autocondenan a residir en ghettos cuyo crecimiento está acotado de antemano. A pesar de esos costos, no es fácil renunciar a las facilidades que esos presupuestos otorgan. Así, por ejemplo, no resulta “cómodo” renun-

ciar al expediente tan frecuentado de responsabilizar de todos nuestros males a la acción perversa de determinados agentes, y por lo tanto a proclamar que todos los problemas se resuelven mediante una terapéutica análoga a la extirpación de tumores; muchos actores políticos se sentirían inermes si no pudieran apelar indiscriminadamente a explicaciones del tipo de las que proporciona la teoría de la enajenación cada vez que se enfrentan a fracasos relativos —no sólo electorales— de sus propuestas de cambio social o a sus desencuentros reiterados con corrientes de opinión popular; o si no pudieran invocar la “verdadera” voluntad de los pueblos, más allá de las distracciones y sonambulismos en que los sumergen los mensajes y productos culturales de la industria transnacionalizada.

Incluso cuando se reconoce la legitimidad e inconsistencia de muchas de esas apelaciones, siempre queda en pie la argumentación pragmática: los pueblos no logran movilizarse —se argumenta— sino sobre la base de expectativas mesiánicas, de apuestas elementales y maniqueas, dejando de lado matices y divisiones internas que debilitarían los empeños emancipatorios. Tal argumentación pragmática apuesta a la ignorancia y a la desesperación de los pueblos, especula con una constelación fortuita de fragilidades en las “defensas” del sistema existente y en los actores políticos que las expresan. Por otra parte, los efectos de esas convocatorias mesiánicas son, por lo general, contraproducentes: fortalecen las resistencias a los cambios al vincularlos con una especie de sobrepolitización de los distintos ámbitos de actividad, desmovilizan a grandes sectores renuentes a una militancia exacerbada y desaprovechan los genuinos potenciales de rechazo y disgusto generalizados con respecto al ordenamiento vigente.

Este último aspecto ilustra el tipo de diagnósticos equivocados a que conduce la adhesión a las teorías iluministas de la enajenación y sus similares. En efecto, el supuesto común a esas construcciones es que la mayor parte de la gente sometida a condiciones de explotación no advierte los mecanismos de poder social que configuran su destino. Aquí conviene citar a Goodwyn:

“Condiciones sociales injustas han existido a lo largo de toda la historia y las masas populares han sido muy conscientes de su papel de víctimas; en verdad, lo han sido en una medida que sólo las élites más perspicaces lo han sospechado alguna vez. Pero la ‘conciencia’ es una condición pasiva, necesaria como algo previo a la actividad democrática, pero no inherentemente activa”. (Goodwyn, L. 1983, p. 58).

Todas nuestras maneras de abordar las confrontaciones y las crisis políticas están profundamente impregnadas por los criterios ilu-

ministas. Es difícil desprenderse de ellos, ya que cada vez que los desacreditamos, vuelven con nuevos disfraces. Tal sobrevivencia sería saludable y hasta acorde con las exigencias de procesamiento de cualquier propuesta si no fuera porque esos mismos criterios constituyen la negación misma de tales exigencias: según ellos siempre debe haber vencedor definitivo; los perdedores deben retirarse de escena y no volver a presentar jamás sus pretensiones; la historia falla en forma inapelable y su fallo es inequívoco; tal como sucede en las novelas sentimentales y en las antiguas películas de vaqueros, los buenos ganan al final, lo progresivo deja atrás a lo retardatario. Asimismo, las crisis, como emergencia de protagonismos diversos y enfrentados (de Ipola, E. y Portantiero, J.C., 1984) están destinadas a ser superadas mediante la recomposición de la unidad social "originaria". No es difícil identificar detrás de todos esos criterios a los perfiles inconfundibles del núcleo firme del programa iluminista: la base cero. La trayectoria normal y el agente saneado que en cada etapa se constituye en el portador provisorio del impulso progresivo, recibiendo de su antecesor y entregándolo a su sucesor; el hecho de que cada portador-vencedor incluya grupos heterogéneos y que su victoria no termine con la "muerte" del rival sino con su subordinación al "bloque hegemónico" no introduce cambios sustanciales en la concepción del proceso de dilucidación.

Ni la razón política ni la razón científica admiten ser interpretadas y dirigidas por esos criterios. La historia de la ciencia, ya lo hemos visto, no nos autoriza a proclamar la muerte definitiva de ningún programa de investigación: muchos de los que habían sido inicialmente descartados resurgieron mucho después con nuevos alcances, dando lugar a avances teóricos y empíricos. Tampoco es verdad que en cada etapa haya lugar para un solo programa hegemónico; los momentos más fecundos de la historia de la ciencia coinciden con confrontaciones múltiples entre varios de ellos.

Nuestro ejercicio de la razón política está acechado por la tentación permanente de una reconciliación definitiva, es decir, por la proyección de nuestros conflictos y diferencias como meros peldaños que nos conducen a la superación de esos conflictos, a la unidad y armonía entre los hombres. ¿A qué se debe nuestro estar expuestos a esta tentación? Por un lado, cada vez que nos vemos obligados a ejercer nuestros derechos y reclamar de los demás que limiten su arbitrio, experimentamos esa necesidad como un fracaso de nuestra comunicación con ellos, como un desgarramiento que nos recuerda la base precaria de nuestros acuerdos y regulaciones, la parcialidad inevitable de nuestros criterios. El científico puede reconciliarse con la "arbitrariedad" de

sus clivajes, puede oscilar entre dos programas de investigación divergentes sin verse obligado a adherirse a una apuesta excluyente para explorar el mundo. En cambio, los hombres no se reconcilian tan fácilmente con la precariedad y parcialidad de sus apuestas políticas; hasta ahora no hemos podido convocarnos e interpellarnos a desempeñar los protagonismos necesarios para mejorar nuestra convivencia sin ofrecernos mutuamente la garantía de que los resultados de nuestros empeños están exonerados de toda precariedad e incertidumbre, es decir, que pueden ser medidos y evaluados desde coordenadas incommovibles. El programa iluminista alimenta ese sueño de la razón política al ofrecerle una base cero, una realidad incondicionada sustraída a todo cuestionamiento y revisión; aunque logremos desacreditarlo en todos los terrenos imaginables, nos costará mucho erradicar a ese su último resabio, anidado en nuestros anhelos más entrañables. Con todo, cada vez que sucumbimos a esa tentación, no sólo estamos negando "a los hombres el derecho de guiarse por su sentir y entender, que tiene que diferir del otro, sus derechos a experimentar conflictos múltiples y complejos y a no tener que anularse ante ellos" (Heymann, E., 1984, p. 4), sino que estaremos despojando al espacio de nuestra convivencia de toda relevancia, salvo la meramente instrumental.

Si abandonamos la comodidad de los abordajes "clínicos" y las terapéuticas de extirpación de tumores, ¿cómo podemos dar cuenta de los reiterados fracasos de los procesos democráticos —y no sólo en nuestra región— para otorgar gravitación efectiva a las demandas más generalizadas, para sancionar el rechazo a los sucedáneos baratos que nos ofrece el mercado, para definir perfiles de consumo alternativos, mejor ajustados a los recursos disponibles, a las modalidades de localización y arraigo de los núcleos sociales? Y bien, las pistas para elaborar una respuesta a esta pregunta ya han sido proporcionadas: en vez de buscar exclusivamente los factores perturbadores-distorsionadores que permiten desconocer o desviar la voluntad política de los pueblos, conviene comenzar por el otro extremo, es decir, por reconocer que los procesos de democratización se "construyen" y se "organizan" —como dice Goodwyn—, fortaleciendo los músculos requeridos a través de su propio ejercicio responsable y eficaz, recreando su propia memoria colectiva y generando su sistema de centros nerviosos múltiples, capaces de procesar por su cuenta sus mapas sociales y sus propuestas autónomas y diversificadas. Sólo así, permitiendo que la universalidad de los individuos y los grupos encuentren espacios propios y heterogéneos para expresarse y canalizarse, se logra neutralizar tanto el aislamiento, la impotencia y el cinismo resignado, como las

resistencias legítimas con que esa misma universalidad se defiende de las pseudounificaciones. En cambio, esos mismos músculos se atrofian toda vez que las interpelaciones democráticas se orientan exclusivamente a promover el cambio o el saneamiento de los titulares del poder.

En el terreno epistemológico, el error del programa iluminista consistía en suponer que el conocimiento cierto fluye directamente del sujeto "saneado"; en el terreno político, el planteo es similar y con el mismo resultado errado: ningún expediente nos garantiza el acceso directo a la "voluntad auténtica" de los pueblos, ni siquiera las fórmulas de "democracia por las bases". Se trata de un falso problema: no existe tal voluntad auténtica y unívoca; a lo único que podemos aspirar es a elaborar decisiones colectivas en las condiciones más equitativas imaginables, neutralizando estatutos privilegiados de información o de poder de negociación, eliminando progresivamente fraudes y violencias, y asumiendo como propios los conflictos inevitables de pretensiones y las exploraciones divergentes.

Hacia un proyecto nacional

ROMEO PEREZ